



Metropolitanomicón

Jesús Valentín García

“La mejor prueba de que la pereza es una aspiración instintiva del hombre, y uno de sus mayores bienes, es que, tal como está organizado este pícaro mundo, no puede practicarse, o al menos su práctica es tan peligrosa, que siempre ofrece por perspectiva el hospital”. Gustavo Adolfo Bécquer.

Huida hacia la pereza

Si pensamos hoy día en una ciudad, una grande, populosa, moderna y cosmopolita, probablemente se nos venga a la cabeza Nueva York. En contraste con otras ciudades europeas o asiáticas, Nueva York es ciudad joven y quizás por esto muestra mayor vigor. Rezuma inagotable vitalidad su aura, millones de almas muy distintas componen una mezcla de quizás la mayor colección de tipos de la raza humana. La ciudad, desde su primer asentamiento ha crecido tanto que ha ido engullendo zonas aledañas. La vista cenital no contempla límites en Nueva York: sólo un mar la limita al este cuando ya no quedó ninguna otra isla cercana, y al oeste, al norte, al sur, simplemente se desparrama. No la paran ríos naturales, ni carreteras artificiales, y únicamente en la distancia, ella se deja morir. A pesar de su corta historia, la ciudad es prolija en acontecimientos ya desde sus inicios, cuando fue comprada a los nativos en un premonitorio episodio del estilo de vida que representa, y hoy día... ¿qué puede decirse de ella?: todo puede pasar en la ciudad de Nueva York. A pesar de que infinidad de ciudades la superen en longevidad, es allí

donde se ha gestado el mayor número de aquello que se ha dado en llamar leyendas urbanas.

Nos alejamos desde su centro hacia la periferia. Aún es Nueva York, eso creo, aunque tampoco importa demasiado que no lo sea legalmente porque lo es esencialmente. No hay edificios altos alrededor en la zona. La poderosa fuerza que emerge del corazón de la ciudad, reconocible en los altos rascacielos, se agota conforme nos alejamos y en el punto donde nos encontramos no da para más de diez pisos de altura. Al edificio que nos ocupa le sobra esta limitación pues sólo tiene un par de plantas. Ha sido diseñado y construido para aprovechar más la bidimensionalidad, ya que la altura era un esfuerzo innecesario para su fin, más aún, suponía una incomodidad. El suelo donde se alza es público y no ha tenido que ser rentabilizado, esa es otra razón para explicar su altura. Es blanco por fuera y por dentro, color acorde a lo que encierra, por más que a veces se sugiera que existen colores más adecuados.

Y es que este edificio acumula en su interior personas especiales. Individuos que han resultado variedades no apetecidas por la sociedad. Pudieran ser presos, pero no lo son, sólo lo están. En realidad son enfermos. ¿Y tienen los enfermos que estar presos?, podría preguntarse atinadamente. Bueno, la respuesta es que este tipo de enfermos suele estarlo. La enfermedad del cuerpo es tolerada por todos, sabedores que, tarde o temprano, han -hemos- de padecerla, pero la de la mente... de ésa todo el mundo se cree a salvo hasta que entra de lleno en ella, y ese sentimiento de inmunidad probablemente es la

razón por la que surge intolerancia a los que la padecen. Seguramente ayude también al rechazo de estas personas la sensación de inseguridad que representa convivir con alguien que nunca sabes cómo va a reaccionar ante la menor dificultad o, simplemente, en la mayor cotidianidad. Así que, piensan los que se sienten cuerdos, lo mejor es tenerlos a todos enclaustrados, y si ocurre algún suceso indeseable... pues que le suceda a alguno de ellos; no deja de ser un razonamiento lógico, civilizado y bastante cruel.

Tenemos ya el sitio; busquemos al hombre. Ahora mismo está sentado, cavilando. Las ideas que cruzan su mente las analizaremos un poco más adelante, ahora nos centramos en su persona. Es joven, fuerte, moreno de piel y de pelo, su nombre es... realmente no conocemos su nombre, no se nos dijo cuando se nos contó esta historia, pero vendría bien que tuviese un nombre, así que se lo daremos. Tendrá que ser un nombre corriente. Como estamos en Nueva York, John puede ser perfecto. Le daremos también un apellido... quizás nos sirva Doe, John Doe. Puede que no sea original, pero no puede decirse que no sea un nombre perfecto en este caso. Bien, pues John Doe resulta ser el segundo hijo de un matrimonio de clase trabajadora que, haciendo el mayor de los esfuerzos, intentó dar una educación suficientemente buena a sus retoños. El primer hijo les salió bastante adepto a su clase social e interrumpió sus estudios para trabajar en algún sitio donde emplea la fuerza de su brazo y el dolor de su espalda. Con el segundo, este John, procuraron, en vista de sus indudables dotes intelectuales, esmerarse más y acabó los estudios universitarios, eso sí, a

base de mucho de su tiempo y de mucho del poco dinero de sus padres. Y es que John desde siempre fue bastante perezoso.

Viéndolo ahora mismo, sentado en la silla, pensando con los ojos cerrados en actitud de esfuerzo, es casi imposible evitar derramar alguna lágrima pensando en esa pareja de progenitores que empeñaron en él su bien ganada y sufrida jubilación, tal vez pensando que un día su hijo menor vendría a casa a anunciarles que era socio de un importante bufete de abogados y a resarcirles en sus necesidades. Van a tener que esperar... de por vida, podría añadirse.

Para John, el recuerdo de aquellos que le dieron la vida y lo cuidaron de pequeño, y no tan pequeño, es ya tan lejano que casi le parecen desconocidos. No podemos culparle de eso, sólo es otra de las cosas que caracterizan a la gente de las grandes ciudades: su desarraigo, no solo familiar, sino muchos otros aspectos. Y quizás para estos padres sea mejor la ignorancia que saber que, en lugar de selecto bufete, el hijo en quien pusieron todas sus esperanzas gasta su vida entre las paredes de un sanatorio mental financiado con el dinero de los contribuyentes neoyorquinos, acaso con el suyo propio.

Y visto ya que John Doe no va a ganar nunca el premio al mejor hijo, ni al mejor estudiante, ni tampoco al abogado del año, pasemos a conocer que rumia bajo ese rostro de esforzado gesto.

Está pensando en un plan del que ultima detalles. Lo tiene casi listo. Tiene una idea para escapar de la situación que padece, la que convierte sus días en un infierno. No es la primera vez que lo intenta, ni la primera vez que lo

ejecuta. Ha habido otras veces, pero ineludiblemente siempre vuelve a la misma situación. Realmente está agobiado, ya no puede soportarlo más y quiere huir de lo que lo atormenta. Y debe ser así, ya que de lo contrario jamás hubiera hecho el esfuerzo de pensar un plan, ni se atrevería a ponerlo en práctica, cosa que requerirá un esfuerzo aún mayor. Y es que, como se dijo, John tiene una tendencia a la pereza que le supera, y que por años va creciendo alarmantemente, y ésta es precisamente la razón por la que ahora se encuentra entre estas paredes. Como dijo un moderno pensador empeñado en informar al mundo sobre la ceguera: "Somos, cada vez más, los defectos que tenemos, no las cualidades". Suerte que el señor Doe estudiara en tiempos en que esta dolencia aún no se encontraba firmemente arraigada en él, pues ahora mismo sería impensable el hecho de ponerlo delante de un libro con la intención, no ya de estudiarlo, sino sólo de leerlo.

Ya tiene el plan y ahora debe poner en práctica su primera fase. Porque este plan tiene dos fases, siendo la primera, la que lo ocupará en breve, la disuasoria y la segunda la ejecutoria en sí. Esta última la tiene más definida en sus detalles pero para la primera debe improvisar, y eso le causa un enorme deseo de abandonar la empresa. Pero lo va a vencer, pues sus ganas de escapar a su destino más próximo son aún mayores que su desidia.

Se levanta lentamente, como si el movimiento le fuera racionado por algún espíritu del aire, y se dirige a la sala donde otros inquilinos de este singular hotel desperdician otra tarde más de sus vidas. Se para allí donde puede divisar

a todos los reunidos y busca cuatro caras: los rostros de sus futuros compinches, aunque ellos desconozcan aún que lo vayan a ser. Precisamente eso es lo que debe hacer en esta primera fase, convencerlos para que su plan pueda echar a andar, ya que sin ellos nada sería posible ni tendría sentido.

No busca al azar, tiene definidos sus objetivos. El primero lo encuentra rápido, se encarna en una escuálida mujer sentada al borde de una silla cerca de la enrejada ventana por la que intenta mirar el exterior, algo casi imposible debido a la gruesa capa de mugre que esconde, no ya las afueras, sino el propio cristal donde se aposenta. No se piensen que diciendo esto se quiere dejar mal al servicio de limpieza o a la propia Institución que rige este lugar; el suelo está limpio, las sillas y mesas sin polvo y las paredes y techos bastante blancos. Y dado que todo está así, cabe pensar que quizás la mugre ha sido cultivada en las ventanas al objeto de que éstas sean sólo una entrada difusa para la luz del día, y no para permitir desde dentro la visión del vedado mundo exterior, ni desde él a personas a quienes se obvia, en un extraña práctica compasiva para pacientes -ojos que no ven- y considerada para la sociedad -corazón que no siente-. La muchacha, extrañamente porque aún es joven y podría ser guapa, está bastante sola, aislada de los demás; pronto sabrán por qué. Alguien se le acerca, debe ser nuevo, por incauto, y pasa cerca suya. La joven reacciona cuando está a un palmo de ella: se abalanza sobre el sorprendido hombre, lo abraza, lo besa, le agarra su sexo con desenfreno, lo tira al suelo y se monta sobre él agitando su delgado cuerpo. El hombre intenta quitársela de encima y

lo hace con la ayuda del propio John que acude obligado a su rescate y lo mantiene a distancia de ella, de la Mantis.

Así la llaman: la Mantis. Obviamente no es el nombre elegido por su madre cuando nació, que ése debe estar inscrito en alguna parte de los archivos del edificio, en una tarjeta rosa o amarilla, con su foto, su edad y una larga lista de los hospitales por donde ha pasado. Este Mantis es un apodo, o más bien un autoapodo, ya que ella misma lo eligió en su día, dando muerte al instante a aquel nombre, posiblemente bonito y que hasta le vendría bien a su rostro, entonces todavía hermoso, que su madre escogiera. ¿Y cómo le dio por ponerse ese horrible alias?, preguntarán con razón –o sin ella, ya que sonoramente hay que decir que la palabra es cálida al oído y fonéticamente no desagradable en absoluto si hacemos el ejercicio mental de desligarla de la repugnancia que puede representar su significado–; John sabía el porqué. También nos llegó la respuesta a esa pregunta junto con el resto de la historia, y como John no va a contarlo, tendremos que decir aquí que un buen día, encontrándose esta señorita inmersa en adolescencia tardía, se le metió en la cabeza que había sido mordida por una mantis religiosa, que, para quien no lo sepa, es un bichejo con bastantes malas pulgas por mucho que con su apellido quiera pasar por devota y adopte además posición de rezadora empedernida. Y creía la moza no sólo eso, que pudiera haber sido una realidad constatada por unas pequeñas marcas en su muñeca derecha, sino que además el insecto mordedor no fue uno vulgar, sino una mantis radioactiva que con su mordisco le había transmitido sus

instintos, a saber: una lujuria incontrolable a la que sólo puede poner fin una cópula, una muerte y un banquete. Como lo oyen. Y es que, al parecer, el animalito en cuestión se caracteriza porque sus hembras tras la unión sexual proceden a dar muerte al macho que las monta y a comérselo, literalmente. El que les cuenta recuerda que cuando conoció esto pensó que el entomólogo que descubrió la especie y le puso nombre, o no estuvo afortunado ese día, o practicaba una religión de la que es mejor no ponerse al alcance de sus adeptas. También pensó lo duro que debía ser la vida de los mantis machos y lo bien que les vendrían unos cursos acelerados de eyaculación precoz, de ese modo al menos tendrían una remota posibilidad de escapar, ya que de otro: “Una y no más, Santo Tomás”, referencia, por cierto, muy bien traída al caso.

Volviendo a nuestra dama, desde el infausto día de la mordida, empezó a actuar de modo bastante inadecuado a su apariencia humana, pero tremendamente coherente con su nuevo espíritu animal: se ofrecía a todos los hombres que encontraba a su paso con la secreta intención de darles muerte tras su apareamiento. Tras varios intentos, afortunadamente sin éxito, sus padres la recluyeron en casa pensando que su conducta sería pasajera. Tuvo suerte de que nadie la denunciara, pues los agredidos se sentían culpables por intentar aprovecharse de una adolescente y, por ello, reacios a ponerse ante un tribunal. Pero no estaba hecha la prisión para ella, al menos no aquélla, tan hogareñamente frágil, y escapó. Y ocurrió entonces lo que tuvo que ocurrir... Al final la mantis que llevaba dentro cumplió su objetivo: cópula, muerte y cena en

ese caso, por darse el banquete bastante tarde. Tras varios años en el ala psiquiátrica de un centro penitencial, donde fueron analizadas las posibles causas de su demencia –se creó un nuevo síndrome, el síndrome de Quijote-Spiderman, al establecerse que su caso fue originado por el consumo de lectura fantástica, tipo superhéroes–, fue a parar allí, al edificio blanco por el que John Doe deambulaba a diario. Ella es una de los que tiene que convencer, y el ataque de hace escasos minutos al hombre que pasó a su lado va a ayudarlo, pues sabe que, debido a esa agresión, a la Mantis le espera una tarde tranquila atada con correas a su cama, y aprovechará la circunstancia para hablarle sin que se le abalance. Parece tener la suerte de su lado.

Busca luego a su segundo objetivo y lo encuentra charlando con otro interno. Se acerca a ellos y, justo antes de unírseles, escucha un tremendo *plof*, ante el cual, el paciente que conversaba con el que debe ser su ayudante en el plan urdido reacciona arrugando la cara y alejándose con rapidez. Una enorme mancha marrón brota de la nada en la parte trasera de su, hasta entonces, blanco pantalón. John da media vuelta y huye apresuradamente hasta el lugar más alejado del ala; ya tendrá tiempo de acercarse a él cuando lo limpien. Estará atento para hacerlo, justo después del lavado, para alejar lo más posible una escena similar en la futura conversación. Y es que este hombre en cuestión tiene un enorme problema de contención de esfínteres que añade a su inestabilidad mental. John conoce que los médicos del centro se reparten entre dos teorías creadas sobre el paciente: unos sostienen que el problema de esfínteres es el

origen de su inestabilidad y otros que es la inestabilidad la que provoca el problema de los esfínteres. Dos hipótesis para un mismo hecho. No hubo ningún doctor que pensara, como John hacía, que podrían ser cosas independientes. “Una persona puede ser manca y tuerta, y no por eso haberse ensartado el ojo con el gancho del muñón”, eso pensó John un día que tuvo fuerzas para pensar. Pero John no es médico, ni socio de un importante bufete de abogados.

Para encontrar al tercer individuo sólo tiene que ponerse a escuchar. El interno no está en la sala sino por los pasillos, pero es fácil de encontrar en todo momento. Verdi no pasa más de un par de minutos sin cantar un aria, lamentablemente por cierto. Lo he llamado Verdi, porque ése es el mejor de sus apodos, aunque también es conocido como Loro, Tarzán, Sirena, Pavorroti y algunos más que le son puestos según sus alaridos le parecen a la mente disfuncional que lo nombre. Nótese que se ha elegido de entre ellos el apodo más ilustre, pues su intención al cantar siempre es buena, no así su voz, ni su entonación, que por sí sola hace a tal barítono acreedor de situarlo en el sanatorio donde ha acabado. La dirección del centro opta por sedarlo de cuando en cuando para descanso del personal interno y trabajadores, cosa que a su vez le viene bastante bien a su laringe, que recibe una tregua necesaria para así, brioso, entonar –es un decir– nuevos cantos. John lo aborda y consigue en unos minutos su colaboración: le promete que lo sacará de allí el día acordado para llevarlo a cantar una ópera en el mismísimo Madison Square Garden. Como

pueden apreciar no iba mal encaminado el señor Doe padre respecto al intelecto, tan infrautilizado, de su hijo.

Sólo queda uno que no acierta a encontrar. Busca y busca hasta que, a punto de desistir, lo encuentra en una esquina cercana al pasillo de las habitaciones del ala oeste. Está a cuatro patas olisqueando el rodapié. Se le acerca lentamente y le acaricia la cabeza despacio. El hombre levanta la cabeza y lo mira. De pronto saca la lengua y empieza a jadear. “Buen chico”, dice John y comienza a explicarle su plan. El hombre agachado parece escuchar atento, mirándolo con la cabeza torcida. A ratos mueve la cabeza, ladeándola a izquierdas y derechas alternativamente durante la explicación que John tiene a bien darle. Cuando acaba, el hombre asiente y emite un ladrido: está en el ajo.

Una semana más tarde todo está listo. John Doe ha sumado a la Mantis y al hombre que no controla sus esfínteres a la causa que ya compartía con Verdi y el extraño hombre-perro. Los cuatro se ofrecieron a ayudarlo merced a las dotes que mostró para su convencimiento. A todos y cada uno prometió aquello que anhelaban: citas para una lujuria incontrolada, una hacendosa familia de acogida carente de olfato, una noche de ópera en protagonista o un amo cariñoso y fiel. Para esto último se sirvió de su propia persona como ofreciente. Y listos los actores, compone el escenario. Para ello debe reunir varias cosas que le harán falta. No hay problema, John tiene habilidad para conseguir en este sitio cualquier cosa que allí se halle. Da igual dónde se esconda o se guarde: a plena disposición o en sitios bajo llave, en la zona de internos o en oficinas, en la

planta alta o la baja; él siempre logra su propósito. Podría decir que basaba esta habilidad en su fino intelecto, aderezado con la enorme energía que ponía a cada cosa que hacía, pero a estas alturas de la historia con total seguridad no sería creído. Es cierto que John es, y en su día fue aún más, bastante inteligente –esto lo acaba de demostrar recientemente convenciendo a cuatro personas trastornadas para ayudarle a perpetrar un plan del que desconocen finalidad y *modus operandi*–, pero todos sabemos ya que, en cuanto a gastar energías, la avaricia le ha crecido tanto con los años que es capaz de sondarse a sí mismo toda una noche con tal de no interrumpir su sueño para ir al baño.

John Doe logró obtener el día anterior todo lo que necesita y ahora entra en acción, con desgana, como lo hace todo, obligado por su circunstancia y para evitarse males mayores, para escapar de su agrio destino. Y ahí lo vemos, deambulando por el pasillo a horas calmas, cuando todos llevan descansando –o intentándolo– más de dos horas en habitaciones cerradas con llave por fuera. Lleva una caja de cartón y anda despreocupado a pesar de que en los pasillos hay cámaras de vigilancia. No teme ese hecho, no en vano estuvo sentado, esforzado, con los ojos cerrados, pensando este plan durante mucho tiempo, en el cual estimó este día, y no otro, para su puesta en escena.

¿Por qué este día?, porque es jueves.

¿Por qué un jueves?, porque los jueves en el control de noche está el tipo alto y calvo.

¿Por qué el tipo alto y calvo?, porque al tipo alto y calvo le gusta el fútbol y porque además, precisamente hoy, este jueves, dan la final de la *Super Bowl* y sabe que el tipo alto y calvo no va a quitar ojo de la televisión. Y aparte: él no hace nada malo, sólo lleva una caja.

Llega a su destino, un pequeño cuarto que funciona como almacén de ropa.

¿Por qué este almacén?, porque es lo suficientemente grande para que quepan cuatro personas, porque en este sitio no llegan las cámaras de vigilancia, porque nadie le verá sacar las botellas de la caja y derramarlas sobre la ropa y el suelo.

Ya lo tiene todo preparado. Está agotado y para animarse piensa que mañana será libre, que todo habrá acabado satisfactoriamente, y este pensamiento le infunde las fuerzas necesarias para continuar. Se mira la mano y ve las cuatro llaves: una por cada habitación de sus cómplices. ¿Cómo las ha conseguido?, ya dije que es capaz de conseguir cualquier cosa en este lugar, y esto no le resultó especialmente difícil. Se dirige a la habitación de la Mantis presto a abrir la puerta, pero en el último momento lo piensa mejor: si va a reunir a los cuatro en el almacén mejor será que ella no sea la primera o al infausto segundo le espera una cópula, con muerte y banquete en espacio reducido, que, aun de verse truncada, serviría con toda probabilidad para armar un tremendo revuelo que agitaría a la masa interna del edificio. Así que decide que la Mantis será la última que deje salir. ¡Bravo por John!, una vez más deja ver que es un tipo listo. Ahora, con esto que ha pensado, le surge la duda en el orden a seguir porque

cada uno presenta un problema distinto. Decide que el más inocuo es el hombre que no controla sus esfínteres, lo más que puede hacer es perfumar la estancia; será el primero. Verdi podría dar problemas si empieza a desplegar su repertorio, pero encuentra una solución: le dará algo para entretener su boca. Busca en sus bolsillos y encuentra chicle, con esto Verdi puede ser el segundo. Dejará al hombre-perro tercero, no quiere que permanezca demasiado tiempo en el almacén olisqueando lo que ha vertido. La Mantis será, como pensó hace solo un instante, la última, para preservarla de su hambriento y lujurioso instinto asesino.

Uno a uno va llevando a los internos a la pequeña reunión dentro del almacén a través de los pasillos, bajo las cámaras de vigilancia desatendidas por el tipo alto y calvo que sólo tiene ojos para el *quarterback* de azul. Primero acompaña al hombre que no pudiendo controlar su esfínter urinario deja un reguero de orina por el pasillo. Luego a Verdi al que ha introducido varios chicles en su boca. Tiene más dificultades en llevar al hombre-perro, debido a que tiende a pararse para olisquear el rastro dejado involuntariamente por el hombre de dilatados esfínteres. Por último acompaña a distancia prudente a la Mantis para evitar que se le abalance.

Cuando llega con la única mujer del grupo ante la puerta coge aire: ahora debe hacerlo todo rápido y eficazmente, todo depende de su pericia; va a ser agotador. Abre la puerta, empuja a la Mantis dentro, busca el encendedor en su bolsillo, lo coge, se agacha, enciende el mechero, prende el líquido que asoma

por debajo de la puerta, se produce un grave inflamación, corre a la habitación, se quita la bata, se mete en la cama, la alarma anti-incendios suena, salta de la cama, sale en ropa interior, corre por los pasillos abriendo habitaciones de internos, los manda a las salidas de emergencia, y luego se reúne con todos ellos y el resto de personal en el patio...

Todo ha salido a la perfección.

Al día siguiente los peritos de la policía tienen bastante claro que el incendio, que ha dado un balance de cuatro muertos, fue provocado. Buscan las cintas de seguridad y descubren que esa noche alguien ha desconectado el sistema de grabación. El tipo alto y calvo va a responder de esta negligencia; debería haber atendido más al piloto rojo que al *quarterback* de azul. Desde ese día el fútbol va a dejar de tener interés para él.

¿Y qué hay de John Doe?

John es por fin libre... de momento. O quizás debería decir más bien que está liberado... por ahora. Su cuerpo no temerá ya acercarse a la Mantis mientras la obliga a tomar su medicación; no más agarrones indeseados, no más esfuerzos para quitarse a la Mantis de encima, para maniatarla a la cama sorteando sus menudos pero audaces puños. Sus oídos descansarán sin los estruendosos alaridos de Verdi; no más esfuerzos de concentración para evitarlos. Sus tobillos y espinillas no tendrán que soportar más los mordiscos del hombre-perro; no más dolor, no más esfuerzos en desinfectar las mordeduras. Y sobre todo, no tendrá que limpiar jamás al hombre que no controlaba sus esfínteres, no tendrá

que recoger más su mierda, sus orines, ni siquiera tendrá que recurrir a la veloz huida que tanto le agotaba para dejarle ese marrón a sus compañeros. No más esfuerzos.

Ahora John es más feliz, ha escapado de la situación que ha soportado durante más tiempo del deseado. Sentado en su silla, vigilando a los internos, ya no cierra los ojos apretándolos con fuerza para parir pensamientos, sino que lo hace relajadamente, en la paz que le da su pereza. Quizás sería más feliz si fuera socio de un renombrado bufete de abogados, pero solo es un vigilante en este edificio, tan blanco, por fuera y por dentro, como su bata y sus calcetines. Un empleo que pudo conseguir sin esfuerzo gracias a un compañero de universidad que, compadecido de él, lo metió en la empresa que el ayuntamiento subcontrata para cuidar estos productos humanos que, según un insensible criterio social históricamente eternizado, no dan el nivel de calidad suficiente para pasear por las calles de esta gran ciudad. Alguna vez este compañero ha ido a visitarlo al sanatorio pero a John no le gustan sus visitas porque se convierten rápidamente en sermones lleno de reprimendas. Porque John podría haber sido como él, abogado -todavía no socio, pero todo se andará-, porque John era más brillante que él... Eso le dice su antiguo compañero. Pero John se cansa de oírle esas cosas.

Y realmente se cansa por todo: le gustan las hamburguesas pequeñas, sin ningún añadido, para no tener que abrir mucho la boca al morderlas, come cosas blandas para no masticar en demasía, viste solo con la ropa de trabajo

para no ir a comprarla ni elegir cada día que ponerse, usa cosas desechables siempre que puede para no tener que limpiar, ni lavar, ni fregar, y por supuesto no cocina. ¿Del ejercicio?, ya quedó claro que sólo pensar le agota... Pero a él le gusta su vida, siempre, claro está, que no tenga que hacer nada.

Acaba de entrar un nuevo interno, apuesto a que en breve será conocido como Escupidor. John Doe lo mira y se cansa.

“La costumbre es una segunda naturaleza que destruye siempre la primera”. Blaise Pascal.

Atrapado por la costumbre

Un avión sobrevuela la mañana mientras la tierra despierta. La zona que el piloto observa es grande, abarca toda la pantalla de cristal de la cabina, y se halla inmersa en una bruma translúcida que sólo deja intuir edificios por sus forma. Hoy es un día malo en la Ciudad. La naturaleza, en días como éste, toma venganza contra los que desecaron aguas para erigir este bosque, de piedra y arcilla en sus inicios, de hierro, hormigón y cristal en su evolución, mandando la presión necesaria para que la niebla que la acción humana origina no escape y allí se detenga, haciendo que el hombre se ahogue en sus propios desechos.

Gente, mucha gente. Estamos en una gran capital. Más que eso, un estado capital, una ciudad que es estado y capital de la nación que lleva su nombre; un sitio con mucha gente. Y entre tantos, se debe sobrevivir; fácilmente los pocos con mucho, difícilmente los bastantes con poco, milagrosamente los muchos sin nada –qué mentirosa puede ser la media aritmética–. Y esta presión por existir desarrolla tipos humanos nacidos de la miseria y crecidos en la privación – buscavidas, malabaristas de la escasez, prestidigitadores que sacan días de vida de la nada alimentándose con raciones de penuria y que cuando mueren lo hacen entre indiferencias–, que aun no siendo en absoluto exclusivos del lugar

presentan aquí buenos exponentes. Esta ciudad gusta de contrastes, y mientras unos metabolizan su desayuno a veinticinco grados centígrados en gigantescos rascacielos, otros sustraen restos alimenticios putrefactos en alguno de sus vertederos, luchando por ellos contra animales socializados en la inmundicia que, lejanos ya los tiempos en que volaban o correteaban por aires y campos, han terminado por convertirse en sus competidores en este nicho despojológico. Un grupo de niños encuentra cinco cajas de pizzas, imposible saber de qué son; son, y eso les basta. Uno de ellos, mientras ingiere una de estas porciones de vida, alza sus ojos y con asombro descubre un ave que nunca ha visto. Ninguno de los otros sabe decirle que es un cóndor, que como ellos rebusca entre la basura. Quizás, en el pasado, un antecesor de este pájaro perdido ahora entre el detritus volara majestuoso sobre este mismo sitio, dando una minúscula sombra a un incipiente asentamiento, robándole míseros rayos de sol a una ya populosa ciudad que en nada podría compararse a la que hoy visita su descendiente.

Pero, como se dijo no sólo de miseria vive esta ciudad, pues posee en su interior un trozo de noble derroche y moderno bienestar donde encontraremos a la persona que nos va a ocupar. No pertenece a ese mundo de necesidad, aunque viva a pocos metros de él. Es un afortunado, uno de esos pocos que tienen mucho, de los que metabolizan a veinticinco, de los que indiferencia las muertes de los muchos. Se llama Óscar y el hormigón armado es su mejor guardaespaldas. Obviamente, no fue siempre como lo describiremos, ya que fue

niño que corrió y jugó; lo último lo sigue haciendo, lo primero ni pensarlo puede.

Óscar vive una vida, más que sedentaria, *tumbataria*, y es que literalmente vive tumbado. Encerrado y tumbado, y aun así disfruta su vida porque hace lo que más le gusta. Este proceso *tumbatorio* suyo fue gradual y se instauró como definitivo hará cosa de año y medio. Ya desde pequeño, Óscar fue un niño inteligente, así lo confirmaron sus padres, profesores y todo aquél que practicó con él algún tipo de enseñanza. El conocimiento se le adhería con una facilidad pasmosa. Con tres años aprendió a leer, con seis tocaba el piano y con doce perdió su última partida de ajedrez... y fue ante un gran maestro. Con esas facultades pasó por los mejores colegios privados del país, dejando en cada sitio el mejor expediente. Le gustaban las matemáticas y el dibujo, y su tiempo libre lo dedicaba a la informática. A los dieciséis diseñó y programó su primer juego para ordenador: Agnes Snorfsson, la valkiria negra. Lo mandó a una de las empresas en boga por aquél entonces, cuyo director de programación, conocido de algún familiar de su padre, quedó fascinado al ver cómo un adolescente, en su tiempo libre y con un ordenador de clase media, había conseguido un producto capaz de empequeñecer a todo su grupo de trabajo, volcado a tiempo completo y con el mejor equipo. Le fue ofrecido de inmediato integrarse en la empresa, cosa que declinó.

Aceptó en cambio, trabajar para ellos en su tiempo libre, como había estado haciendo hasta entonces; eso le permitiría acabar sus estudios y licenciarse en

matemáticas, física y diseño gráfico con las mejores notas. Luego sí entraría en la empresa, aunque por un breve periodo, justo el que tardó en darse cuenta de que se había convertido en el principal aval de ésta y en comprender que siendo, como era, fuente de ingresos, mejor sería serla para sí mismo que para otros. Así que formó su propia empresa, a la que puso de nombre Snorfsson en honor a aquel primer trabajo, y desde entonces lidera las ventas en el sector. Como ven todo un cerebro... para según qué cosas. Porque a la par de esta singular carrera exitosa conseguida a base de aprovechar las ventajas de su intelecto, corría otra en la que esa misma notable mente desdeñaba el cuerpo que la alojaba.

Nunca fue Óscar sujeto enjuto, más bien todo lo contrario, prieto en carnes, orondo en figura e insaciable en apetito. Ya de niño fue considerado como regordete, llenito, rechonchito, infladito... Conforme cumplía años y cambiaba familia por compañeros de colegio iban cayendo los *itos*, y los calificativos viraban despectivamente, abundando en ellos los *osos* –seboso, mantecoso– que desaparecieron en su vida adulta trocados por palabras más técnicas que, no obstante, no dejaban de agrandar la importancia que en él cobraba el desatiendo a su organismo: cosas como *obesidad mórbida* y *adiposidad nivel 3*. Ya ven, toda máquina puede tener algún pequeño desajuste, y el de su cerebro consistía en un apetito irrefrenable por hidratos de carbono y grasas de todo tipo que ni las consecuencias visibles en cualquier espejo ordinario, ni las quejas de otras

partes de su organismo –llámese pulmones en cualquier ejercicio nimio, llámese corazón tamborileando en ritmo frenético a los tres pasos–, supieron reprimir.

Así llegó el protagonista de nuestra historia a un punto de su vida en el cual era rico en dinero y sobrado en carnes. Los números de su vida en ese momento oscilaban entre los 160 de su coeficiente intelectual, los 124 millones de dólares en sus cuentas y los 312 kilos de peso. El hombre que se escondía tras esos números tenía una empresa que marchaba viento en popa gracias a su imaginación y su habilidad con la informática, y un trabajo que le permitía, cada vez más, gracias a los avances tecnológicos, no tener que acudir a desarrollarlo a un sitio concreto, ya que podía hacerlo desde su propia casa. Y como llegó a costarle tanto mover su cuerpo, como era su jefe y como podía económicamente, decidió hacer de su casa su mundo, y, más tarde, de su cama su casa. Y así llegamos al momento donde comienza el suceso que nos va a ocupar y se conforma la estampa que ahora describo.

Óscar tumba su vida en la zona residencial de Polanco, en un edificio emblemático que puede admirar desde su propia ventana gracias a que se espeja en un alma gemela construida a pocos metros. Vive en una planta alta, no importa cómo de alta, ya que hace tiempo que ni sube ni baja, habita en las alturas postrado, vive suspendido entre paredes, y sólo ve el cielo y la forma del edificio que lo encierra a través de la enorme ventana de su habitación. Ya hace casi dos años que sus pies no pisan las aceras, y sólo contactan ocasionalmente, una vez cada dos días, a veces cada tres o cuatro, con el entarimado que

protesta y cruje bajo el peso su enorme humanidad. Durante ese tiempo de confinamiento ha ido adecuando el espacio donde habita a sus crecientes necesidades. Primero empezó por tirar tabiques y dotar de amplitud el departamento, de modo que ahora sólo consta de tres estancias: un salón-dormitorio-baño, la cocina –territorio ignoto y desértico– y una habitación que funciona a modo de cajón desastre, su leonera, un *cafarnaum* particular donde acumular todo tipo de trastos.

Su cama es el espacio en el que sin moverse se mueve. El dinero ha conseguido convertirla en la zona ideal donde pasa sus días, haciendo posible que la mayoría de sus necesidades estén allí cubiertas: un accesorio plegable le brinda la posibilidad de acceder a un teclado con el que trabajar, una pantalla gigante en la pared de enfrente actúa lo mismo de monitor que de pantalla de televisión, un pequeño frigorífico en el lado izquierdo lo avitualla, el celular, siempre en su mesilla, le avisa de la presencia de cualquier invitado y le permite abrir la puerta de su apartamento mediante una aplicación personalizada, una cuña le alivia de sus aguas menores –para las mayores aún tiene que hacer el esfuerzo de levantarse y recorrer escasos metros hasta el inodoro situado en la misma sala, aunque ya está ideando la manera para evitar tal incomodidad–; todo al alcance de su ser postrado.

Cuenta también con otras manos para ordenar su entorno: las de Isabel, que acude cada día a adecentar el inmueble, le cocina platos que luego deja en el pequeño refrigerador para que él los caliente en el microondas instalado en el

flanco derecho del lecho, le hace recados, le vacía la cuña, lo limpia todos los días, y una vez cada dos semanas tira de él para meterlo bajo la regadera, también instalada en el amplio *loft* en el que ha convertido parte de su guarida... Una santa, esta Isabel. Una santa remunerada que ha terminado por ser una de las pocas personas sobre las que sus ojos pueden posarse sin pasar por el filtro de las ondas electromagnéticas. Las otras dos son su médico, que lo visita una vez al mes en eterno cabreo por la indolencia de su paciente a sus consejos, y su hermana, que lo hace cada sábado para vigilar su salud y no perderle el contacto, invirtiendo parte de su tiempo en esos momentos de compañía con vistas al futuro.

Hoy es jueves tarde y Óscar anda enfrascado en su trabajo. Diseña en este instante la figura de Fedra, su enésima heroína virtual, y lo hace a conciencia. Redondea sus formas, optimizando las curvas para obtener contornos apetecibles a los ojos de cualquiera de los varones a los que está destinado su producto. Tiene ese don: a pesar de sólo conocer el amor propio –el único al alcance de su voluminosa mano–, es capaz de plasmar los deseos del sexo masculino inigualablemente: es uno de los sellos de su empresa. A media tarea sufre un percance: su tableta digitalizadora –un modelo innovador, lo último del mercado– deja de funcionar, y esto lo indispone. Óscar, a pesar de lo que pudiera uno suponer al verlo, es un fanático de su trabajo, y el mero hecho de pensar que puede dejarlo a medias lo exaspera. Pasan los minutos en medio de una terrible frustración y al fin se decide: irá a buscar su tableta antigua, aquélla

con la que trabajó tanto tiempo sin el menor percance. Sabe que está en la leonera, él mismo le dijo a Isabel que la pusiera allí pensando que, con la nueva, ésta que ha mostrado ser bastante inapropiada a tenor de su poca fiabilidad, ya jamás la utilizaría. Una parte de su mente le aconseja que deje de pensar en el trabajo, que cuando Isabel llegue ya le alcanzará la tableta, que vea la televisión o ponga alguna película. Pero en otra parte de su cerebro se esconde la silueta de Fedra, esperando ser terminada, susurrándole al oído cosas como: “Quiero nacer ya... acábame mis muslos, haz mi pechos turgentes, mis pezones punzantes, mi piel tersa, mis labios carnosos”. Y esas frases imaginarias, que no se traducen ni se traducirán nunca en voz humana sino en sonido digitalizado, consiguen provocar un hecho bastante inusual: Fedra conduce sus carretas virtuales tan diligentemente que termina por levantar a Óscar de su cama con gran esfuerzo por su parte –algo digno de admirar, ya que sólo su vientre consigue semejante tarea, y aun así, el sujeto se empeña en acumular estreñimientos voluntarios con los que dilatar su levantamiento–, dirigiéndolo en cortos y pesados pasos hacia la habitación poseedora de una de las dos únicas puertas del piso, si exceptuamos la de la entrada. Llega fatigado al dintel. Su corazón bombea más rápidamente que el de un atleta de cien metros lisos recién cruzada la meta. Con su mano derecha agarra el marco y descansa; cinco minutos para recuperar el resuello en los que divisa la tableta en cuestión. Ahora se dispone a entrar en la habitación para cogerla y así terminar a Fedra, que espera en el monitor a medio hacer. Entra su pie derecho e intenta hacer lo

mismo con el izquierdo, pero no acaba de entrar, algo lo detiene. ¿Qué es?, ¿por qué no puede entrar? Siente opresión a nivel de sus costados e intenta dar marcha atrás, pero tampoco puede. Se ha quedado encajado.

No recuerda la última vez que cruzó esta puerta, pero indudablemente debe de haber pasado bastante tiempo. En su intento por cruzarla ahora se ha quedado literalmente encasquetado en el marco. Ni para adelante, ni para atrás. No entra pero tampoco sale. Está preso, atrancado. Sometido por una mísera puerta y las dimensiones de su cuerpo. Tiene la cabeza y las manos dentro de la habitación, pero sus pies no han podido pasar por culpa del amplio abdomen. No hay modo. Forcejea, lucha contra este sarcástico enemigo, este jocoso adversario, una puerta, pero no consigue vencer. Son pocas sus fuerzas y mucho su volumen.

Lo primero que pasa por su mente, ese privilegiado órgano, es incredulidad: “¿Cómo me puede haber pasado esto?”, un pasmo que torna rápidamente a rabia: pateo al aire, manoteo el vacío, derrocho las escasas fuerzas que le han quedado en una furibunda pataleta. “No es justo”, dice, “es increíble”. Más tarde llega el tiempo de las recriminaciones –debería haber tirado esta puerta... tendría que haber esperado a que Isabel me diera la tableta... Fedra podía esperar... ahora estaría viendo la tele...-, todo aún en una calma que va anteceder a la desesperación, que llega transcurridas un par de horas en este trance. Grita a los vecinos, pateo de nuevo, ahora el suelo, esperando que

alguien lo oiga... pero sabe que todo es en vano: la casa está bien insonorizada, el suelo de madera absorbe los impactos sin escupir gran ruido.

Su mente, esa que tantas alegrías materiales le ha proporcionado, piensa en algún modo de salir del embrollo, pero no encuentra nada. Se dejó los mandos en la cama, los de las ventanas, el de la televisión, el celular..., toda ayuda inalámbrica que pudiera ahora echarle un cable. Al contrario que él, el desasosiego sí es capaz de cruzar el umbral y se va a instalar en su razón en el tiempo que sigue.

“Isabel no va a llegar hasta mañana”, se dice.

“Tendré que pasar aquí toda la noche, de pie, encajado”, continua.

“Tengo hambre”, al fin su estómago habla.

En este último tiempo en el que se tumbó a vivir, sólo el sueño era capaz de alargar el intervalo regular de hora y media tras el cual Óscar devoraba alimento de forma convulsiva. Por eso, cuando son tres las horas que lleva embutido en el marco de la puerta, su estómago se queja por desoído y su boca no colmada sólo puede consolarlo expulsando improperios.

Cae la noche y se consuela pensando que al día siguiente, a la hora en punto, como cada día laborable, Isabel acudirá rauda en su ayuda, solicitando una accesoria que suponía necesaria para sacarlo de allí.

A pesar del incomodo que supone su opresión y su disposición, aquella noche cae en el sueño, y en la mañana lo despierta la luz que atraviesa la ventana cuando asoma el sol por el edificio mielgo. Ha soñado con Fedra, su

nueva heroína, terminada, excelsa en formas y sangrienta en acciones, ensartando hordas de enemigos con su espada, a lomos de un caballo zaino que pisoteaba cadáveres recién fabricados por su jinete. La imagen onírica de su cuerpo, bamboleadas sus curvas por el galope del corcel, ha terminado de inspirarle para sus últimos retoques. Pero al despertar, recuerda la cárcel en que ayer fue preso, esta enmarcada broma del destino en la que se halla y por la que Fedra deberá esperar para ser torneada adecuadamente.

“¿Qué hora será?”, se pregunta.

“Isabel no tardará en llegar”, se consuela.

Los minutos se le hacen horas, y la hora y media que transcurre desde su despertar una eternidad. Suena el celular varias veces hasta que cesa. Acto seguido el ring del teléfono, vetusto aparato que ha estado a punto de tirar en multitud de ocasiones; ya no lo usa nunca porque el celular, hasta hoy, siempre lo ha tenido a mano. Tras cinco tonos oye su propia voz y un pitido ulterior, la señal de comienzo para el mensaje del contestador, que por infrecuente le resulta extraño.

-Soy Isabel, ¿por qué no me coge el celular?, le hago a usted dormido, espero que no le moleste, sé que es temprano. Le llamo para decirle que me ha surgido un inconveniente y no podré llegar a su casa. Mi hija, Isabelita, se rompió una pierna ayer. Justo regresar a casa, cayó por las escaleras y estuvimos toda la noche en el hospital porque hubo que operar para enderezársela. Yo le veo a usted el lunes, pero si necesita de cualquier cosa nomás me llama, que yo hago

un huequito para lo que usted necesite. Un saludito y no se apure que Isabelita sale de ésta como nueva, que el doctorcito ya me lo dijo. El lunes yo se lo compenso y le hago una tartita de manzana que sé que le gusta.

Óscar cree desvanecerse, y lo haría sin duda si las circunstancias lo permitieran, es decir, si no le fuera físicamente imposible desplomarse al piso. La desesperación se incrementa considerablemente. Es viernes y sabe que debe pasar en esta situación estrambótica al menos hasta mañana, cuando, como cada sábado, aparecerá su hermana. Al pensar en ella al menos se reconforta con la idea de que ella podrá abrir la puerta sin problemas, pues tiene llave. Se la dio hace tiempo, después de que un día que ella llamara a la puerta y lo pillara en medio de uno de aquellos interminables episodios de evacuación que soportaba estoicamente, alejado tanto de la puerta como del mando que entonces la abría. Aquel día no pudo dejarla entrar, pues su espera no aguantó el tiempo necesario para que él, aun dejando a medias el trabajo, se desplazara a la cama donde aguardaba el susodicho mando, y por ello decidió dejarle una llave.

Tendrá pues que esperar un día más y no va a ser muy agradable. Su estómago ya no solicita comida cortésmente, la exige afanosamente desplegando toda una serie de rugidos y sonidos que no recuerda haberle escuchado nunca antes, quizás por estar siempre tan colmado y satisfecho. Siente además una extraña sensación desconocida, un pellizco en la boca del estómago. No puede saber que es hambre porque nunca la experimentó, pero lo

es. Además su lengua empieza a acorchársele por falta de líquido. Él extrañamente bebe agua, pero surte su gástrico con algún líquido azucarado que lo aleja de la sed que ahora siente.

Lleva ya un día atorado, siente ganas de orinar de nuevo y vuelve a vaciarse. Reaparece el charco creado el día anterior y ya desaparecido gracias a que la madera la absorbió, humedeciéndose con él y destilando desde entonces un olor que empieza a serle insoportable. Sus pantalones igualmente mojados acercan a su nariz esta desagradable esencia producto de su cuerpo. En definitiva, empieza a pasarlo realmente mal, y no sólo eso, la idea de que debe seguir en este estado al menos un día más empieza a minar su moral al punto de hacerle reflexionar sobre su vida.

“Tendría que haber seguido los consejos de Pascual”, se dice pensando en las visitas mensuales del doctor.

-Deje al menos los refrescos-, le dijo la última vez-, el agua es más sana y tiene cero calorías, cada vez que apaga su sed engorda un poquito más.

Y pensando en sus recomendaciones hace propósito de enmienda.

“Beberé agua”, empieza, y conforme el tiempo pasa, demasiado lento, en interminables horas, minutos, segundos, va agrandando una lista de propósitos.

“Intentaré comer menos bollitos, dejaré los de crema, los de chocolate no, sólo los de crema. Si dejo los de crema comeré la mitad, y si como la mitad engordaré la mitad.”

Parece mentira que este razonamiento proceda de un cerebro con un CI de 160, y es que para según qué cosas el cerebro de Óscar parece desconectarse automáticamente.

El tiempo transcurre despacio y Óscar intenta entretenerse con lo que puede. Esperando que llegue la noche y el nuevo día, y con él su hermana, ha planificado ya casi la totalidad del nuevo juego. Lo tiene todo en su cabeza: la imagen de Fedra, sus aventuras, sus armas, sus enemigos, sus compañeros, los distintos niveles a superar, los escenarios... sólo le falta plasmar esas ideas. Esta distracción lo ha ayudado a esquivar la angustia de la situación.

Ha pasado la segunda noche, es casi mediodía y ahora sólo espera escuchar el sonido de unas llaves abriendo la puerta de la entrada.

“Vamos, llega ya”, le dice mentalmente a su hermana.

Pero no es el sonido que espera el que oye, sino de nuevo el del celular, y luego el timbre del teléfono, cinco tonos, y su propia voz que demanda un mensaje, el pitido y... la voz de su hermana.

-Oscarito querido, ¿por qué no te pones?, mira que eres perrito, cualquier día te pasa algo y no nos damos cuenta por no contestar... ¡pero si tienes el celular al lado, y el teléfono, y todito todo...! En fin, te hago en el baño como aquella vez. Te llamo porque lo que es hoy no voy a poder ir a verte. Resulta que no me acordé que tenía una cita con la clínica, que tú sabes que me estoy dando sesiones para quitarme el vello. Así que no me esperes, bueno, seguro que no me extrañarás, total para la cuenta que me echas cuando te voy a ver. Pero que

sepas que de todas formas te quiero hermanito, y que me tendrás que aguantar siempre. Yo intento pasarme mañana, pero no te lo aseguro, que puede que tenga invitados. Un besito.

Óscar grita un *no* con todas las fuerzas que es capaz de reunir y luego llora como nunca. Si el día anterior se aterró con la idea de esperar atascado veinticuatro horas hasta la llegada de su hermana, podrán hacerse una idea de cómo digiere la noticia de que al menos debe pasar otro tanto allí, y eso con suerte, si su hermana se presenta al día siguiente.

Tras su grito desgarrador queda sumido en mudo llanto. Las lágrimas corren por su cara a borbotones, bordean la curvatura de su papada y se pierden en el pliegue de su cuello, donde se confunden con el eterno sudor de la zona. Todo su cuerpo se entera de la nueva a la vez que él. Su estómago, que ha prestado para la producción de aquel grito desolador un aire adicional al dado por los pulmones, ya hace tiempo que no ruge en demanda sino que duele en ausencia. Sus manos y pies empiezan una suerte de baile epiléptico marcado por continuos movimientos rápidos, cortos y descoordinados, chocando con todo lo que les era posible –marco y la propia puerta las manos, suelo los pies–. Se tiraría de la cabellera si Isabel no lo tuviera permanentemente rapado para evitarle lo más posible la transpiración. Sus intestinos consideran que ya era hora de apuntarse también a la queja y empiezan a mandar anuncios en forma de retortijones. Todo lo que experimenta en tan breve espacio de tiempo acaba

por situarlo al borde del desfallecimiento, que finalmente le viene al rato, cuando su cerebro se niega a procesar tanto dolor.

Amanece el tercer día de este particular enclaustramiento en el que ninguna puerta ocluye el paso, sino que es el preso el que lo cierra. Óscar todavía no ha vuelto en sí, y tal vez esto es lo mejor que le ha podido pasar porque de esa manera el tiempo ha ido transcurriendo sin que se diera cuenta. Pero ahora despierta, y lo hace como se fue ayer, sumido en dolor. Sus tripas le avisan de que ya no pueden retener su contenido por más tiempo y él se da por enterado. Deja salir una carga de desecho que contribuirá aún más su penar. Siente dolor, miedo, asco...

Por primera vez en su vida, de manera franca, entiende que no ha hecho mucho por él mismo, que los logros de su vida no han hecho que ésta fuera mejor en alguno de los sentidos, en el que le ocupa ahora: su cuerpo. Y, a pesar de que es uno de los pocos con mucho, ahora, en este momento, no tiene nada; no puede siquiera moverse. Pero antes tampoco se movía apenas, y no le importaba. Comía, jugaba, trabajaba... le parecía ser feliz. Inmerso en hambre y repugnancia piensa que quizás la gente de su alrededor siempre lo ha contemplado con los ojos con los que él se mira ahora.

Por primera vez en años reza a Dios, suplicándole que lo saque de esta tesitura.

“Ya sé que hace tiempo que no te pido nada... pero es que antes creí tener todo lo que necesitaba, pensaba que hubiera sido injusto hacerte desviar la

atención de la pobre gente que no tiene nada con mis fruslerías, y ahora veo que estaba equivocado, mira cómo me veo. Es cierto que tal vez debí agradecerte todo lo bien que me ha ido en la vida, tuve que hacerlo, pero ahora advierto que había trampa escondida... quizás la pusiste tú, seguro que lo hiciste. Pues si es así, te aseguro que he abierto los ojos. Si salgo de aquí te prometo que cambiaré. No podría volver a la rutina que me ha llevado a esto, a esta broma tan macabra. Si lo que querías es darme un toque de atención lo has conseguido, pero, por favor, te imploro que me saques de esta”.

Justo termina su súplica cuando de nuevo, tras inútiles tonos de llamada, el contestador empieza a grabar un nuevo mensaje: Isabel le informa que no acudirá el lunes. La niña sigue en el hospital. Ella espera que él la comprenda y disculpe. Esta vez, puede que víctima de una incipiente depresión, Óscar no acusa tanto la mala nueva, y si vuelve a desfallecer no es a causa de sus nervios, sino de la intensa flojera que ya acumula su cuerpo.

Un golpe lo despierta. Su cabeza ha golpeado el suelo que rezuma orines. El olor lo incomoda sólo el instante que tarda en apreciar que si está en el suelo es porque ya no está atorado en el marco de la puerta. Alza la cabeza y, efectivamente, se ve libre. Su cuerpo ha perdido líquidos en el tiempo que ha estado preso, y con ellos el volumen necesario para que pudiera escurrirse hacia abajo lentamente mientras estuvo privado de conciencia.

No le invade la alegría porque el cansancio le niega sitio a cualquier sentir distinto. Se limita a concentrarse en lograr el vigor necesario para mover sus

más de trescientos kilos en una tarea que lo lleva reptando al borde de su amplia y reforzada cama, al lado de la puerta del frigorífico. Una vez allí ya se serena. Vuelve a sentirse él, alejando los fantasmas de una muerte jocosa que habría tenido lugar destacado en todos los periódicos del país e incluso del mundo.

“Gracias Señor”, dice mirando al techo.

Tiene sed y hambre. Abre la puerta de la nevera para saciar la primera. Dentro unas botellas esperaban: agua, cerveza, refrescos de cola y leche. Coge el agua y justo cuando iba a empinarla la mira y la vuelve a dejar en su lugar, agarrando el refresco marrón.

“Mañana, empezaré mañana, hoy la necesito”, dice nuevamente al techo.

Tras calmar su sed le echa un ojo a la comida. Coge unos bollos de chocolate, dejando los de crema y se los come todos, uno tras otro. Cuando los acaba, devora también los de crema. Mientras termina con el último se dice a sí mismo.

“Mañana mismo tengo que llamar para que tiren esa jodida puerta”.

Óscar harta su hambre y su angustia, y se relaja mirando el cielo de la Ciudad desde los aledaños de su cama. Observa atento la torre gemela, espejo de la que acoge su hogar. Una silueta oscura rompe fugazmente su contorno de oriente a occidente. Óscar no sabe que acaba de ver uno de los escasos ejemplares de aquellos animales que un día no muy lejano reinaban con esplendor en los cielos americanos. El cóndor no sabe de esplendor, sólo se ha dejado ver en su camino al vertedero. Allí ha encontrado la manera de evitar su

declive comiendo los restos de aquellos que lo amenazan. Quizás sus ancestros le agradezcan internamente que los salve de la nada en que se convertirían sin una descendencia; al fin y al cabo, en su tiempo era Otra la que imponía las reglas de la supervivencia que siguieron estrictamente. Esa Otra, la vieja Naturaleza, ha sido sucedida por Ellos, el Hombre, los que ahora mandan y cuya basura va alimentarlos en el futuro; en realidad y en sentido estricto, sólo han cambiado de proveedor. Quizás ese cóndor que planea sobre la ciudad no sea ya esplendoroso, y tal vez no conozca cómo podría llegar a serlo, pero en el pasado sus antepasados fueron muriendo sin llegar tampoco nunca a conocer que efectivamente lo eran.

“No hay incendio como la pasión: no hay ningún mal como el odio”. Buda

La eternidad de la tradición

Dicen los entendidos en Historia que su nombre significa Casa de la Paz, Jerusalén es ciudad vieja y acumula cantidad de recuerdos que la hacen como es: difícil en su comprensión y única en su género. Tuvo reyes que apenas recuerda por lejanos, venidos siempre de alguna parte, que hicieron de esta Casa de la Paz un bonito escenario para la guerra. Y es que, aunque su nombre no evoque mujer alguna, algo de femenino debe haber en su esencia, de hembra recia y deseada, pues de otro modo no se explica el afán por poseerla de pueblos tan dispares a lo largo de la Historia. Todos intentaron poner en ella algo que perdurara, algo que el siguiente se empeñó en destruir, pero que, sin duda, quedó en su espíritu: es la ciudad santa, la más entre las de este mundo.

Es algo que puede verse en sus calles, religiosidad llevada a su máxima expresión. Y no sólo en calles, también en edificios, tiendas, banderas, turistas..., religión proclamada, religión subyugada, religión acotada y religión para turistas; religiones encontradas. No obstante, todo evoluciona y esta ciudad también lo hace, arrastrada por el momento que toca vivir, donde ya no la invaden sino los pueblos que la habitan, y son nuevas corrientes culturales

las que amenazan cambios. Y a veces, paseando por algunas de sus calles, te cuesta pensar que cerca, en otro tiempo, Salomón casi parte por la mitad a un crío todavía mamón.

En una de esas nuevas avenidas, se encuentra ella. Ya no es joven, aunque tampoco acumula demasiados años en su procelosa vida. Como bastante gente que aquí vive, quizás ya no la mayoría aunque fue así hace algún tiempo, no nació en esta disputada tierra. Viene del norte, del norte muy norte, donde la noche dura un invierno y el sol en verano casi no calienta por más que lo intente muchas horas seguidas. Nació judía y sueca, o mejor dicho nació judía en Suecia, al menos eso le dijo siempre su padre, un rabino muy judío y nada sueco que nació en Austria cuando no era prudente hacerlo allí. A él le tocó la lotería en su infancia: su familia compró un boleto premiado el día que sacó el billete hacia el frío más frío huyendo de otro frío que se pondría demasiado caliente. En aquel momento Ezequiel Weisz tenía sólo dos años y no pudo comprender lo que significaba su mudanza, a cuenta de la cual pescó una terrible pulmonía que casi acabó con su incipiente vida. Mucho después consideró aquella enfermedad como una ínfima tasa por librarlo del sufrimiento que padecieron aquellos que desoyendo a su padre quedaron en tierras austriacas y fueron trasladados a posterior a campamentos de muerte en países más cercanos, donde el frío, a más de ser gélido, resultó desatadamente infernal. Tal vez el drama al que escapó le hizo acercarse aún más a su dios, agradeciendo más el hecho de salvarle a él que el haber dejado a tanto inocente

al paio de vientos tan furiosos, o quizás intervino la sacrosanta línea hereditaria que lo marcaba por parte materna –el padre de su madre había sido rabino en Innsbruck–, lo cierto es que dedicó su vida a la teología, y su afán a conducir almas por el camino que las santas escrituras –las suyas, por supuesto– proclaman. Por eso Sima, que éste es el nombre de la mujer que espera el autobús, nació y creció en una atmósfera de extrema religiosidad, que no se le hizo del todo asfixiante por venir al mundo carente de los frutos exigidos para completar cotas más altas en el estudio religioso. Aun así, no estuvo exenta de los cuidados de su progenitor en ese sentido, y podría decirse que de entre las de su sexo fue la más instruida, la más aventajada y a la que más se le impuso. Sólo tuvo suerte cuando once años después de su nacimiento su madre alumbró a un varón que se convertiría en sumidero ideal para esa religiosidad que manaba incesante de la fuente paterna. A partir de entonces algún día tuvo de infancia tardía pero bien aprovechada.

Pero no deben suponer que Sima guardaba algo parecido al rencor en su esforzada alma, porque para ella, en la ignorancia del que no puede comparar por no tener con qué, su vida hasta entonces no había sido en absoluto mala, sólo aburrida a ratos. Además el dios de su padre le tenía guardada una sorpresa, porque en su casa pudo conocer a aquél que protagonizaría sus sueños durante muchos años. Aún lo hace ahora, si es capaz de cerrar los ojos entre autobús y autobús que no es el suyo; se llamaba Mijael, y a diferencia de ella era sueco y judío.

Lo vio por primera vez en la oficina de su padre, o la casa de su dios, que venía a ser lo mismo, la sinagoga. Ella tenía catorce por entonces, él dieciséis. Estaba sentada fuera del despacho, en un banco donde la gente solía guardar turno para consultar al rabino. Se encontraba ya hastiada de esperar a su padre para ir a casa. El rabino Weisz apuraba su tiempo con las últimas personas que habían solicitado su consejo. De repente, la puerta se abrió y ella saltó de su asiento dirigiéndose hacia su umbral con tanto ímpetu que no pudo evitar tropezar con el muchacho que precedía a sus padres. Al principio, de él sólo vio sus pies, enclaustrados en unos sobrios zapatos negros de piel, luego su pantalón, de un también sobrio tejido marrón, más tarde su chaleco, marrón igualmente pero más claro, con unas finas rayitas blancas, y al llegar a su cara quedó quieta en aquellos ojos azules que desaparecían a intervalos entre grandes pestañas. Él se quedó tan sorprendido como ella y ambos mantuvieron sus miradas un momento, que no pudo ser más largo por la intromisión de sus padres –los de él, el de ella–, que parecieron recelar de aquel mudo gesto de lo más bello.

La mayor parte del tiempo que siguió a este encuentro lo pasó Sima ideando formas para primero saber de él y, más tarde, para encontrárselo. Aprestando su oído a charlas ajenas, haciendo preguntas indirectas y curioseando papeles vetados por su padre, pudo conocer su nombre y el apellido de su familia, su dirección y que su padre se dedicaba al negocio importación de fruta. Aprendió a deducir sus idas y venidas para saber dónde encontrárselo fortuitamente a

conciencia. Siempre que lo hacía le dedicaba una discreta sonrisa, y a base de juntarlas, un día se atrevió a darle los buenos días.

Dos años tuvieron que transcurrir para que sostuvieran algo parecido a una conversación. Se encontraban en plena adolescencia y en sus caras asomaba el rubor con cada observación que alguno hacía, desafiando así el rigor que imponía el invierno. No tengo más que decir que no se deduzca, que Sima estaba enamorada, sólo que él también lo estaba. Ambos soñaban con el otro y luego ninguno se atrevía a contarlo.

Pero los niños crecen, crece su carne y todo lo que ella encierra, y es difícil que un globo no explote si no se le deja de insuflar aire, y hasta un cartujo puede gritar si hay dolor suficiente. Y un buen día hubo palabras mayores. Y otro siguiente una mano tocó la otra. Y más tarde unos labios rozaron suavemente una boca... Y probablemente después hubieran seguido juntando partes de sus cuerpos, venciendo así su recato, la educación recibida y los siglos de tradición que pendían de sus cabezas, pues su pasión llegó a ser grande. Tanto que pudo traslucirse en sus miradas y gestos, en la lentitud de su razón, ocupada en pensar en el otro... y el rabino conocía a las personas, sobre todo percibía la inminencia del pecado, el carnal y el social, y en consecuencia sometió a su hija a un estricto confinamiento.

La reacción de su amado fue desesperada. Convenció al importador de fruta para que pidiese a Sima al rabino. Le costó convencerlo, pues aunque el rabino era persona sabia, docta en teología y respetada, no destacaba por su posición

económica y, aunque Dios es Dios, en su mundo se paga con dinero. Pero amaba tanto a su hijo, que accedió a hacerlo, cosa que lamentó más tarde, cuando el rabino le dio nones.

La decisión del padre de Sima estuvo fundada en el concepto de persona que tenía del frutero, que así lo llamaba. Su trato con él lo había convencido de que, efectivamente, era un hombre con acusadas inclinaciones materiales más que espirituales. En el pasado habían tenido varios desencuentros debidos a partidas de fruta picadas con la mosca. “No es *kosher*”, decía el rabino, pero el frutero se empeñaba en hacerle ver lo contrario. El rabino Weisz sostuvo en aquellas disputas algo que a su juicio cualquier judío razonable habría podido observar, que los insectos no venían del exterior a posarse sobre la fruta, como pretendía el comerciante, sino que procedían directamente de ella. Además, cuando él decía que no era *kosher*, no era *kosher*, y detestaba que alguien siquiera levantara la cabeza ante su afirmación. Sima era su tesoro, fue el único durante muchos años, y no iba a dejar que se desposara con cualquiera. De hecho ya había oteado el futuro en busca de pretendientes adecuados y había un par que colmaban su deseo.

Uno era su predilecto. Un rabino de Varsovia, exiliado en su día y que había retornado a aquella ciudad. Sólo tenía una pega: su edad, cincuenta y ocho años, y en un acto de amor a su hija prefirió decantarse por alguien más joven.

El otro, Soren Vilkhovitz, tenía cuarenta y un años, compatibilizaba la enseñanza de Física en la Universidad de Aarhus con la de Teología en la Casa

de Estudio, habiendo adquirido un equilibrio entre ambas disciplinas que admiraba: era un gran hombre y una inmejorable elección. Había sido amigo de su padre, un rabino de Viena, y lo había conocido de pequeño. Sabía que había quedado viudo y empezó unos contactos que dieron sus frutos. La boda se habría de celebrar treinta y dos días después del próximo *Iom Kipur* y antes él vendría a conocer a su futura esposa. Con todo decidido por el padre de Sima, el desdichado Mijael resolvió alejarse de su pena y embarcar ultramar sin rumbo fijo. Ni siquiera pudo despedirse de ella.

El destino ideado por el rabino para su hija le trajo a ésta dos consecuencias dispares: una vida desgraciada y un amor eterno. No consumir carnalmente su pasión le hizo idealizar al joven repudiado hasta límites casi divinos, lo cual, de haber conocido esta aberrante circunstancia, habría irritado profundamente a su padre y aun culparse de su causa. Por fortuna o desgracia, jamás tuvo la menor idea de lo que pasaba por la mente de su hija, ya que ésta se encontraba siempre lejos, primero en Dinamarca, y luego, más lejos aún, en Israel.

Sima nunca pudo escaparse de Mijael. Primero fue causa de su llanto, luego de su desesperación y al final quedó como recuerdo imborrable al que se abandonaba a la menor ocasión. Lo está haciendo cuando sus oídos le avisan de que está llegando su autobús.

Aunque de alguna forma Mijael nunca se le había separado, jamás volvió a saber más de él. Soren, que no pudo obviar la razón por la que su esposa estaba inmersa en una sempiterna ausencia, se encargó de sofocar todo intento de

búsqueda de cualquier indicio que revelara el paradero de Mijael. No fue un marido malo en el sentido tradicional del concepto: Sima tuvo una vida cómoda, aunque no la que ella hubiera querido, la que soñaba al lado de su amor, ya por siempre platónico.

Sí, a veces soñaba que lo volvía a ver y que compartían su amor de forma única, muy distinta a como lo hiciera con Soren, a como lo había hecho siempre, pues fue Soren el único hombre que había conocido, y además ya no estaba. Murió hace cosa de cuatro meses. Algo repentino, un infarto cerebral. No sufrió, ella tampoco.

Tras la muerte de su impuesto marido decidió que ya había vivido la vida que le diseñaron y que ahora tenía una existencia sobrante de la que sólo ella dispondría... pero era ya tarde: ¿dónde estaría él?

Hacía tiempo había leído una novela, en la cual un par de enamorados retuvieron tanto su pasión que cuando al fin la consumaron sufrieron una combustión espontánea. ¿Le ocurriría eso a ellos si se encontraran y fundieran su carne? Le gustaba pensar que sí, aunque al rato prefería que el supuesto encuentro durara algo más, que se eternizara; quizás una llama eterna, eso estaría bien. En su ignorancia, desconocía que las ganas de olvido de Mijael lo llevaron a Estados Unidos, donde alzó una meritoria carrera periodística sobre los escombros de unas creencias religiosas que abandonó por completo por culparlas de su desamor. Que se casó y que se divorció. Lo primero lo hizo buscando el remedio a la constante evocación de aquella adolescente que le fue

negada, y lo segundo por no haber podido conseguir este empeño. Su mente siempre fue de ella, al igual que la de ella fue siempre de él. Y siendo hombre de fuga fácil, pidió una corresponsalía que lo alejara de aquel país donde no pudo derribar y construir, continuando así la huida que comenzó tantos años atrás.

Si creyéramos en que hados incorpóreos –llámense Dios o Destino– rigen nuestras acciones, podríamos decir que éstos susurraron al oído el nombre de la ciudad a la que pidió ser trasladado. Una ciudad que llama desde la lejanía a través de genes que ambos comparten. La ciudad de sus antepasados más pretéritos. La ciudad en la que ella espera el autobús pensando en él, sin saber que al entrar por su puerta va a estar más cerca de su cuerpo de lo que haya podido estar en décadas.

Ella sube las escaleras y se dirige por el pasillo a la parte posterior del autobús donde encuentra un sitio libre al lado de un hombre de mediana edad. Se sienta y baja los ojos; piensa en él, nuevamente. El hombre sentado a su lado apenas se ha fijado en ella, también tenía la mirada gacha, pero ahora mira las manos de la persona que se acaba de sentar a su lado. Manos de mujer, no trabajadas, blancas y europeas, del norte, como las que una vez tuvo entre las suyas mientras besaba una cara que no podía olvidar. Mira la cara de estas manos y sufre un pequeño desconcierto: se le parece. Ella, al sentirse observada, lo busca de soslayo y descubre algo, no sabe aún qué, que la fuerza a mirar al que la mira ya sin el menor recato. Ambos se escrutan en silencio, y empiezan

un ejercicio mental en el cual intentan restañar arrugas, elevar pómulos, poner y quitar pelo..., deshacer el tiempo del rostro contemplado. Ha pasado tanto tiempo que las caras que miran no son las que recuerdan, las que poseen y los poseen, y sólo pueden descubrirse al enfrentar sus miradas.

Quieren imaginarse cómo sigue la historia, y seguro acertarían el principio de lo que desde ese momento ocurriría –el final de las historias de amor confinado, por triste o por vulgar, debería estar siempre vedado– si este relato sólo implicara a dos personas. Pero desafortunadamente para las elucubraciones que pudieran hacerse, todavía tiene que aparecer una tercera. Una variedad humana llegada a esta ciudad y a otras hace relativamente poco tiempo. Y es que esta urbe más que a la mezcla, está acostumbrada al reemplazo y últimamente a la segregación, y es en ese caldo donde se cocinó el tipo de personas al que pertenece el último actor de esta historia. El nombre de este último pasajero que sube al autobús es en estos momentos desconocido, aunque será gritado en multitud dentro de poco. Su oficio es la desesperación, no sólo la espiritual, también la material. Su acto será horrible para la mayoría, heroico para algunos y salvador sólo para unos cuantos, los que constituyen su familia. Subió al autobús con la idea de ir a un lugar que no figura entre las paradas de la línea, y de paso llevar a los demás a otro bien distinto. Eso cree él. Entró en el autocar con dos kilos de más –había hecho dieta a base de explosivo y clavos–, pero pronto los perderá para no recuperarlos jamás.

Sima y Mijael al fin se reconocen. Como ella había sentido, el reencuentro de sus pasiones confinadas produce una tremenda combustión, a la que ayuda necesariamente el dedo de un hombre accionando un detonador. Y sí, sus cuerpos se fundirán, pero en una manera inesperada, cuando voluntarios de la ZAKA, atípicamente, confundan trozos de sus cuerpos y los intercambien, dándoles de ese modo la unión perpetua que sus padres siempre les negaron. Al final los casará en muerte aquella tradición que los hizo prisioneros en vida.

“Quienes son lujuriosos, se matan a sí mismos”. Juan Ruiz, Arcipreste de Hita

Un encuentro deseado, dos deseos encontrados

Los tópicos los crean las personas y son las personas las que han llamado a París la ciudad del amor. Todos los que están en dicho trance desean ir a París y todos los que no lo están aspiran a sumergirse en él en sus calles. ¿Por qué?, evidente y tautológicamente, porque es la ciudad del amor. La ciudad, que así se ha vestido con un sambenito agraciado que proporciona a su vista un largo desfile de parejas por bulevares, avenidas y jardines, se empeña en preponderar este aspecto suyo sobre otros más quizás más eminentes como la revolución que tuvo inicio en sus calles y que legó al mundo un bonito trío de palabras utópicas y un emblema tricolor al país, la capitalidad del mundo durante el Imperio Napoleónico y de las letras poco tiempo después o la apropiación de todo un mes y un año del calendario universal al que se asocia siempre involuntariamente con su nombre: mayo y 68. Cualquiera de estas cosas la facultaría para proclamarse insigne, pero ella sabe que apelando a ese sentimiento, el amor, penetra mejor en los corazones y a eso se aferra. Los niños vienen de París y allá hay que ir a hacerlos; mensaje simple, claro y conciso. Algunos, preguntados por el porqué del dicho, lo han explicado aduciendo antiguas leyendas europeas con cigüeñas, puede que sea esa una explicación

tan verosímil como ésta que me invento y sigue: la existencia de una voz eterna que desde el centro de París susurra al oído de sus habitantes un mantra perpetuo que inconscientemente ellos repiten a su vez y ha terminado por extenderse por todo el globo: “Yo soy la ciudad del amor; todo el que viene a mí lo encuentra”. Y la gente termina creyéndolo, se aferra a esa imagen que París quiere transmitir buscando el amor, porque ese sentir representa lo máximo, lo sobrenatural, lo divino, lo inalcanzable y lo más bello que se imagine.

Y París consigue su empeño, día a día, año tras año, siglo tras siglo. Ha conseguido acumular un poso que actúa de reclamo no sólo para amantes de cuerpos, también para ensalzadores del sentimiento, artistas despechados o inspirados por él, convirtiéndose así en fábrica de bohemios y románticos, de razones poco regladas y mentes inigualables que escriben, pintan, esculpen y teorizan sobre amor y desamor. En este sentido no ha existido ciudad como ella. Sin duda ha ganado la carrera, y es que las gentes de París para decir *amor* juntan los labios de igual forma que debe hacerse para dar un beso.

Angelique se despierta en París cada mañana. A pesar de que ya ha rebasado los treinta y cinco, que tiene desde hace más de ocho años un trabajo fijo de funcionaria y que ha vivido en el mismo apartamento en los últimos seis años, en absoluto su vida es rutinaria. Ciertamente su existencia cuenta con esas constantes relatadas, a las que hay que sumar otras tantas –es vegetariana y sigue estrictamente una dieta semanal, pasa sus vacaciones todos los veranos en la Costa Azul, limpia su casa los días lunes, miércoles y viernes, va de compras

cada jueves...-, pero existe una variable que dota su existencia de una peculiaridad bastante única: nunca se despierta dos mañanas seguidas con el mismo hombre, o para ser más exactos, hace ya más tres años que eso no ocurre.

Angelique sufre lo que en tiempos se llamó, de manera elegantemente despectiva, exceso de promiscuidad. Hoy algunos prefieren, a veces con el mismo desprecio, decir que es una ninfómana. Ella sabe que su comportamiento no inspira demasiada simpatía, por eso se empeña en intentar ocultarlo a las personas de trato frecuente. Sin embargo, la naturaleza de su conducta imposibilita que consiga su afán en el ambiente laboral – pueden imaginar cómo la suelen llamar, así que evito reproducir palabra tan denigrante– y, en cuanto a su familia, ramas lejanas de su árbol genealógico han conocido en carnes propias su apetito, y a duras penas consigue que las hojas surgidas tras este conocimiento no alcancen tallos más contiguos a su persona. Supongo que igualmente imaginarán como es conocida la prima Angelique. Sí, exactamente el mismo calificativo empleado en la oficina.

Esta mañana no ha encontrado a su lado al hombre con el que se acostó anoche. No se sorprende, le suele pasar a menudo. Aquel hombretón, tan rubio y tan grande, pecoso, galés si no recordaba mal, chulesco en porte y maneras, musculoso y orgulloso de serlo... Fue todo como otras veces.

Al principio, brioso comienzo, demostración circense de lucha y esfuerzo, de soberano empuje, de soberbia más de macho que de varón. Luego, la sorpresa,

verse ahogado en ella, requerido de nuevo, castigado en su vanidad. Más tarde, el altivo sexo fuerte cae presa del pánico, exprimido, su enorme musculatura rota, su dura espada vencida por cuarenta y siete kilos de mujer que creyó sometida y se tornó demandante. Al final, rendición humillante y cobarde huida amparada por el sueño de su escuálida vencedora.

Mira la almohada que aún mantiene el hueco que la cabeza del hombre dejó antes de escapar a su bochorno. Suspira y se levanta. Se dirige a la ventana. Vive en un piso alto con una espléndida vista de París sobre la que emerge la Torre Eiffel. Le resulta frustrante levantarse sola ante la vista de aquella imagen con tanta carga fálica, porque ya desde muy temprano el deseo la corroe. Tras asearse apaga su apetito carnal con desayuno vegetal y marcha al trabajo como cada día de lunes a viernes. Allí vence las ganas de éste, del otro, de aquél, y espera a terminar el turno para, por la tarde, lanzarse sin compasión en busca del sucesor del galés, que inevitablemente será sucedido a su vez mañana.

Angelique acaba sus horas de trabajo y ficha la salida. Pasea por la avenida y se sienta en la terraza de un restaurante que frecuenta. Un primer camarero la ve llegar y se hace el despistado. Fue víctima de sus juegos y la evita siempre. En su lugar una muchacha joven y locuaz la atiende. Pide ensalada y pastel vegetal que le sirven con rapidez, luego se abandona al dulce de un tiramisú y pide la cuenta. En todo el rato ha estado fijándose en el tipo que come dos mesas atrás, alto, delgado, con pinta de atleta y ojos que no han dejado de observarla. La timidez es algo que no se puede permitir, teniendo, como tiene,

que saciar su otra hambre, así que cuando termina se acerca con una excusa y entabla con él una conversación que espera que los lleve a su casa algo más tarde.

León Thomas, la ve acercarse lentamente. Ella llega a su mesa y le pregunta si se conocen, que le suena su cara. Él lo niega pero es bastante atractiva y no puede vencer las ganas de invitarla a tomar algo. Ella acaba de comer pero le acepta una copa. Así, León conoce a Angelique. Así, recaerá nuevamente en su desgracia.

Hacía dos semanas que León paseaba su cuerpo por las calles de París, adonde había llegado en busca de unas tranquilas vacaciones, un paréntesis en la tormentosa vida que castigaba con unos hábitos que amenazaban su futuro. León era jugador de béisbol, había sido uno de los mejores bateadores de la temporada, con números de *all star*. Podría ser ídolo de multitudes, y lo sería ahora mismo si no fuera porque una emisora de televisión le había destapado una cara oculta que lo hizo indeseable a las masas: León era adicto al sexo, una forma elegante de sustituir la palabra ninfómano, inexistente sólo como significante pero con un significado ciertamente idéntico a su aceptada forma femenina.

Aquella revelación no sólo acabó de golpe con su vida familiar, separándolo de su mujer y de sus hijos, también amagaba con dejarlo sin equipo; era una mala imagen. Tras el fallo judicial que le dejó sin hijos decidió someterse a terapia para reconducir su comportamiento, esperando en que en futuras

revisiones se ablandara el corazón del juez de turno. Su sicólogo había hecho un buen trabajo, llevaba más de un mes sin contacto carnal con mujer. Como refuerzo al tratamiento le recomendó que hiciera un viaje que le sirviera para reflexionar sobre la vida que había llevado y donde probara su resistencia a los bajos deseos que habían apercibido del destrozo a su vida. Según el sicólogo, al volver trabajarían una gradual vuelta al sexo, pues el objetivo no debía ser en absoluto su privación sino una praxis más natural.

Hasta ese mismo instante había pasado diez días de abstinencia en suelo francés, que sumaba al mes y medio en territorio americano. Desde aquella primera vez, cuando con catorce años se acostó con la madre de su mejor amigo, jamás había estado tanto tiempo sin dar cobijo carnal a la extensión lujuriosa de su yo. Ciertamente en estos últimos días lo había ayudado mucho el hecho de sentirse desconocido, ya que en Francia el béisbol no ocupa lugar destacado entre los deportes y cualquiera de los nombres sonados en su país aquí encontraban el mayor de los anonimatos. Así pues nadie lo reconoció como Ciclón Thomas, ni como Lion King, dos sobrenombres con los que los comentaristas se rompían la garganta cada vez que bateaba un home run. Pero todo su esfuerzo va a quedar calcinado en las próximas horas gracias a los encantos de la delgada mujer que bebe su combinado mojándose provocativamente sus jugosos labios tras cada trago.

¿Qué podría esperarse a partir de este momento? Los dos están acostumbrados a fingir, a actuar para llevar a cabo su cometido, pero en esta

ocasión ambos constatan que todo les resulta muy fácil. Y es todo tan sencillo que no dejan de extrañarse. Las típicas frases son abolidas cuando ambos ven que no las necesitan, que existe algo que empuja al otro en su mismo sentido, y así llegan al hogar de Angeliqúe cuando la tarde ya empieza a morir, y les basta cerrar la puerta para abalanzarse el uno sobre la otra, la otra sobre el uno, no sé decirles quién con más ganas, cuál de ellos con más ansia. Se sorprenden porque siempre han intentado reprimir su pasión, al menos al principio, para no asustar, y ahora no lo hacen y el otro no se amedrenta, no se acongoja, sino que contrataca con la misma intensidad, haciendo a su vez que el opuesto incremente su acción, azuzando al instigador que se esmera. Es una reacción en cadena. Las manos desabrochan, tiran, rompen la ropa, la boca succiona, lame, mordisquea las partes que van surgiendo de entre los jirones, las caderas topan aún impedidas por el vestido que pronto desaparece en violentas sacudidas. Él la coge, pesa poco, la aprisiona con su cuerpo contra la pared. Están en la entrada al apartamento, la estancia apenas los ha descubierta aún, y ya ellos acometen el encuentro con furia. Él está hambriento, hace meses que no devora el succulento manjar que se le ofrece, ella también adolece de esta carne, la única que no se prohíbe, aun cuando la encuentre a diario. Las embestidas del león son fuertes y poderosas y la escuálida hembra ruge de placer, pues jamás antes hubo conocido algo así, y no fue por falta de intentos.

Tras la pared le llega el turno al suelo, donde la bestia acomete las últimas sacudidas antes de relajarse. Angeliqúe no puede creer lo que vive. Se

encuentra en trance, jamás podrá olvidar este día. No tendrá otro igual, piensa, y doy fe de que así será.

Diez minutos después la entrada del apartamento representa un campo tras la batalla: ropaje, calzado y cuerpos desnudos quedos en el suelo. Angelique va entrando en sí y una pregunta se le asoma: ¿será este hombre capaz de ofrecerme otra sesión o acabará igual que los demás, vencidos por mi insignificante humanidad? No le da tiempo a pensar nada más, en mitad de su reflexión siente como el león revive, como se yergue y con sus manos la levanta y la lleva en brazos hasta la cama.

Hasta aquí todo podría ser anormalmente usual: dos personas que satisfacen su apetito sexual con verdadera intensidad. Desde aquí algo pudiera ser lógico: una mujer insaciable termina por dejar exhausto al hombre que trata de satisfacerla. O en otro caso: un hombre sometido a una larga privación termina por agotar a la destinataria de su contenida lujuria. Pero aquí no se da ninguna de las alternativas. Hombre y mujer, mujer y hombre, no terminan de dar y recibir, entregar y demandar. No son personas al uso. Han vivido cohibidos, marginados por una sociedad que hace de ellos rarezas y por fin pueden liberarse... y lo hacen.

París los observa por la ventana y se pregunta si aquello es el amor que pregona, el que la hace célebre, y viendo cómo se desarrollan los acontecimientos se responde con una negativa: eso no es humano. Allí la razón no domina, siquiera aparece pues sólo impera la carne y un instinto por saciar

que no acaba. Son dos organismos que reaccionan a la abundancia que nunca pudieron permitirse y saben que tal vez no volverá a presentárseles jamás. Como el banquete de un náufrago que sabe que volverá a la escasez de su isla desierta, como la siesta del eterno vigía que pronto oteará de nuevo el horizonte, así Angélique y León se devoran el uno a otro sin pensar en consecuencias tempranas o tardías.

Y el apartamento se convierte en un mundo que luego restringen al dormitorio, y por fin hacen de la cama su baluarte, el último refugio de su deseo. No desperdician fuerzas que van a requerir. Al igual que en heroicas batallas donde se busca salvar el último reducto a una invasión, aprovisionan víveres cercanos, cavan letrinas contiguas, alzan muros defensivos, y así la cama, ese último bastión donde esperan sus fuerzas, se rodea de todos los alimentos que una vez tuvo ese hogar, de orinales donde aliviar otras necesidades, ahora secundarias, para no levantarse, para no desperdiciar la energía necesaria. El lecho se convierte en improvisada mesa donde comen y se comen sin pausa. Las sábanas, empapadas de sudores salados y jugos dulces y amargos, en un sedoso mantel negro donde empiezan a proliferar las manchas de sus actos. Los respiros son cortos, demasiado quizás, no hay tiempo de relax, y sin éste tampoco aparece el disfrute. Sólo hay impaciencia por empezar, nunca alivio al acabar. Todo el vigor se encauza en este vórtice de deseo, un vigor mágico emanado de su extraña naturaleza e inaccesible para seres más ordinarios.

Y a las horas siguen los días. Y Angelique se olvida de la rutina que nunca terminó de invadir totalmente su vida. Y León se olvida de que una vez practicó un extraño deporte en el que se golpea una pelota con un palo. En esos momentos sus seres están dirigidos por una misteriosa fuerza que los empuja a invadir carne ajena, a penetrar en el otro, a acoger sangre y sudor, hálitos y roces, cada vez con menos furia, cada vez más apagados, no por falta de ganas, por falta de vida. Sus mentes hace tiempo que los dejaron, ahora actúan movidos por una peligrosa inercia. Y por ella la vida se les acorta con cada unión, y cada contacto les roba existencia. Pero ellos no cesan. Por primera vez sienten que nadie va a coartar su apetito, y éste se muestra insaciable. Una macabra broma al nacer los hizo así, y nadie consiguió de arreglar las fugas de los depósitos de una lujuria que jamás podrá colmarse. Su deseo nunca se aplaca, siempre fue así, y ahora podrían comprobar que lo que un día buscaron no existe, que lo han encontrado y no es remedio, que sólo la conformidad en la insatisfacción podría acompañarlos en lo que siga. Pero ya no piensan, ya no son ellos, ahora son máquinas que alguien ha olvidado apagar, irrefrenables. Y continúan muriendo poco a poco, no de amor, de agotamiento. Y después todo se acaba. Las máquinas dejan de funcionar cuando se quedan sin combustible y ellos se detienen cuando se les acaba la vida.

Llega la hora de fichar la entrada al trabajo en la oficina. Angelique no va hacerlo. Dejó de ir a trabajar hará cosa de una semana. Más allá, al otro lado del océano, el dueño del equipo pregunta y se entera de lo que le pasó a León. Le

han dado una alegría, va a ahorrarse el mal trago de anunciarle su despido. El que le da la noticia lo hace en medio de una risilla nerviosa, y es que parecer ser que encontrar a dos personas muertas en pleno acto sexual es algo bastante gracioso, al menos para este sujeto, no sabríamos decir si la ex mujer de Ciclón Thomas opina lo mismo. Horas más tarde, en París, la que fuera compañera de la mujer encontrada muerta en esta extravagante circunstancia se dispone a fichar la salida cuando es abordada por alguno que, ignorante aún del suceso, le pregunta: “¿Hoy tampoco viene la puta?”.

“Beneficiadme con vuestras convicciones, si es que las tenéis; pero guardaos vuestras dudas, pues me bastan las mías”. Johann W. Goethe

Una sutil diferencia entre las dudas

Por aquello de ser centro de la atención divina y casa del testafarro del Supremo, no es de extrañar que en Roma proliferen las casas a Su culto. Existen más de cuatrocientas iglesias, cada una con un nombre de santo. Tantas hay que a veces se pregunta uno si los periodos intensos en beatificaciones no atenderán sólo a agrandar el muestrario para nombrarlas. Entre ellas se disputan la visita del devoto y del turista, estableciendo una liga particular que algunas llevan años comandando, intentando alimentar su liderato con los tesoros que regalan a la vista, generando de ese modo futuros boca a boca que atraigan a gentes advertidas de sus portentos. A veces lo logran y sus nombres circulan al lado de los detalles sobre su esplendor, sobre todo cuando las refieren los devotos, porque los turistas, entre tanto palanquín, tanto retablo y tanto techo adornado, suelen confundirlas, y para su discernimiento en sus informes abundan más las calificaciones vagas –la del techo azul estrellado, la de las columnas de mármol,

la de la bóveda en tres dimensiones, donde está la cara donde metes la mano-, olvidando inevitablemente el nombre del santo al que fueron dedicadas.

En una de estas iglesias vamos a encontrar al protagonista de esta historia. Como no conocemos a ciencia cierta cuál de las cuatrocientas fue la agraciada, nos inventaremos el nombre y diremos que es Santa Eufrasia, por ponerle uno que pensamos no se encuentra representado en el amplio catálogo romano de lugares santos, aunque, como se dijo, tan amplio es que no estamos en condiciones de asegurar que no exista alguna llamada así. Por esto, proclamamos nuestra sana intención en este inventar, quedando claro que de existir un lugar así denominado nos es desconocido y no se tiene la menor pretensión de adjudicarle lo que sigue.

El templo no es de los más visitados, no está señalado en los mapas de las agencias turísticas y no persigue afán alguno en destacarse artística ni históricamente; es sólo lugar de oración. Tampoco es demasiado céntrico, más bien es una pequeña parroquia de barrio en la que el sacerdote llega a conocer a los que acuden domingo a domingo a escuchar su sermón.

Ahí está ahora mismo, insertando ramos en los jarrones que jalonan la imagen de la Inmaculada, coloreada y espléndida, sonriente al arrodillado, potenciada su cabeza: divina. La mira y se enorgullece. Quizás no venga suficiente gente a admirarla, puede que no sea una Piedad, un Moisés, una Beata Albertoni o una Santa Cecilia, pero para él no existe mejor imagen que ésta. Lleva quince años venerándola, limpiándola, agasajándola, queriéndola,

tanto amándola que la considera parte de su familia, aunque, como el tiempo no perdona, hace mucho ya que dejó parecer una hermana y ahora pudiera ser más una hija, y es que los años que a él le hacen viejo a ella la eternizan.

Termina su labor floral y se adentra en la sacristía para preparar el ropaje para el día siguiente, misa de difuntos por el alma de Don Giuseppe Tortelli, a quien tuvo el honor de conocer durante sus primeros años en la parroquia. Lo recuerda buen hombre y buen cristiano, ocupado de transmitir su fe a unas hijas que, cada diecinueve de marzo, no dudan en encargarle una misa por su alma. Él recibe siempre muy gustoso la solicitud ya que suele ir acompañada de un regalo de las hijas del difunto, habida cuenta de que también él celebra su onomástica ese día, no en vano es conocido entre su rebaño como padre Peppone, cosa que no le desagrada por las agradables evocaciones que le produce tal nombre, cuando en el pasado con su primo Luca se colaba en los cines para ver películas en blanco y negro, y en negro y rojo. Recuerda con cariño aquellos largometrajes protagonizados por un cura y un alcalde comunista. A menudo, cuando se sorprende hablando con su Inmaculada, le vienen a la cabeza las conversaciones que aquel don Camilo sostenía con el Cristo del altar en la gran pantalla y sonrío inconscientemente. Y es que, aunque compartiera nombre con el alcalde, siempre estuvo de parte del cura.

Ya lo ha dispuesto todo para mañana y se dirige al confesonario donde pasará la siguiente hora limpiando almas. Normalmente, en estos tiempos es trabajo liviano: los que tienen mucho que limpiar no aparecen y los que llegan

tienen su espíritu como una patena. Pero hoy será una tarde distinta, tanto que sacudirá sus convicciones más hondas.

No es que el padre Peppone albergue dudas sobre su vocación, al contrario, desde muy joven se decidió por servir a Dios y a las personas, si bien es cierto que pudo haber influido en su decisión el hecho de su marcada introversión, reacio siempre a incluirse en la muchachada en busca de juerga y tímido con el sexo contrario a más no poder. A veces, en el pasado, en los momentos en que pensó si su vida hubiera podido ser diferente, reflexionó sobre si no había sido su temor a una relación carnal con una mujer la causa de su decisión. Ciertamente que en el pasado le atemorizaba hablar con las muchachas, verdad que con sólo pensar en tocarlas sentía pánico y realidad es que con cincuenta años sigue inmerso en una virginal fimosis que por falta de necesidad, y acaso vergüenza, ha optado por perpetuar. Sin embargo, su trato ahora con las mujeres es cordial y saludable. Ahora, que se sabe a salvo del trance corporal que supone el maridaje, el amancebamiento o la sola intimidad, eso no le representa mayor problema. Además Ella es su mejor amiga, y Ella una vez fue mujer: eso acrecienta la certeza de haber superado aquellos miedos y de que lo suyo fue honesta vocación. En este momento de su vida el padre Peppone está afianzado en sus creencias. Sentado en el banco espera rezando a que venga la primera de las dudas que va a enviarle Luzbel desde su oscura morada.

Se viste de hombre maduro, calvo y regordete, pantalón vaquero y chaleco oscuro. Anda mirando al suelo y murmura palabras de resentimiento. Evita

arrodillarse frente al cura y prefiere hacerlo a su derecha donde puede esconder su cara tras la celosía.

-Ave María Purísima-, empiece obligado.

-Sin pecado concebida-, respuesta de rigor a la que sigue la pregunta habitual-: ¿De qué te acusas?

La respuesta no es la acostumbrada porque según dice el tipo aún no tiene nada de que arrepentirse. ¿Entonces por qué viene a verlo? Porque necesita un aval, una señal divina necesaria para decidirse a hacer algo. La confesión torna a un estado no natural en el cual es el confesante quien pregunta y el confesor quien contesta.

- ¿Qué es el matrimonio? -formula el confesante, una difícil primera pregunta si quiere contestarse brevemente, más si el que debe responder ha renunciado a convivir en pareja.

Pero el padre Peppone está aleccionado, acumula años de instrucción y repetir de cantinelas y le suelta la que procede. Pregunta después el hombre por el adulterio y los celos, ¿son pecados? El primero evidentemente, el segundo con matices. El adulterio conlleva una voluntariedad mientras que los celos pueden sobrevenir de súbito según la naturaleza de cada cual y generar actitudes que hay que reprimir para no caer en el pecado.

- ¿Pero es pecado? -insiste la voz tras la celosía.

- ¿Es pecado desear un Ferrari? No, pero es pecado robarlo -intenta ponerle un ejemplo.

- Entonces, ¿no es pecado desear una mujer? -aplica la lógica el arrodillado.

- Eso es distinto, Dios lo prohíbe explícitamente en su noveno mandamiento.

En este caso no debes desear.

- ¿Y eso cómo se hace, cómo se puede no desear? -pregunta el hombre, a lo que el cura contesta con un enunciado eterno que no admite réplica:

-Con mucha fe.

El hombre calla un rato, probablemente porque no comprende esto último ya que se considera un hombre con fe y siempre ha tenido innumerables deseos: mujeres, coches y todo tipo de cosas. Pero como no quiere pedir inventario de los deseos que son motivo de pecado y los que no, y conoce ya que al menos desear mujeres sí lo es, pasa a otra pregunta:

- ¿Hay algún pecado que Dios no pueda perdonar?

- Si hay arrepentimiento Dios puede perdonar cualquier pecado -contesta el padre Peppone.

- ¿Y si no lo hay? -sigue el confesante.

- No puedes pedir el perdón de una acción de la que no te arrepientes.

- Pero, ¿y si pienso hacer algo ahora mismo, tomo la determinación de hacerlo y cuando esté hecho me arrepiento?, ¿me perdonará Dios?

El cura ante tal rara pregunta opta por ir al grano:

- Escucha hijo, ¿por qué no me dices claramente en qué estás pensando?

El hombre tarda unos segundos en contestar:

- Creo que voy a matar a mi mujer. Voy ahora para mi casa, y si, como creo, la encuentro con otro, los mato a los dos.

- ¡Pero qué dices! -alza la voz el cura al punto de que una señora mayor que reza en las primeras bancas gira su cabeza hacia el confesionario-. Matar es pecado, pecado mortal, y una infamia, no puedes hacer eso. Dios no quiere que lo hagas. El adulterio es pecado, pero matar es un pecado aún mayor. Dios no te perdonará, tienes que entrar en razón -templada un poco su voz temiendo que su alteración haga huir al hombre-: Hijo mío, por mucho que sufras debes desechar esa venganza a la que te lleva tus celos. Jesús decía que había que poner la otra mejilla, yo no te pido tanto: abandónala, sepárate, échala de tu casa si puedes, pero no llegues al asesinato. Porque Él lo ve todo y no te perdonará sin arrepentimiento. Recuerda que aquí estamos por un tiempo breve. ¡Que te espera la eternidad en el Cielo!, algo más que la vida que estás a punto de desperdiciar.

Espera a que el hombre, cuya cabeza se ha mantenido gacha, hable. Después de unos instantes de callada reflexión lo hace:

- Padre, usted me ha dicho que el adulterio es pecado, y matar también. Los dos son pecados graves, mortales, pero ¿hay una clasificación?, es decir, Dios los puntúa, a éste mayor nota, al otro menor. Creo que no es así, que yo sepa la Iglesia nunca ha sacado una clasificación en este sentido. Y me dice usted que Dios no me va a perdonar sin arrepentimiento... pero es que yo estoy seguro de que cuando lo haga, si lo hago, no voy a tardar ni un minuto en arrepentirme.

Cuando la vea a ella sin vida me arrepiento, eso seguro, con eso cuento... ¡Pero es que me ha puesto los cuernos, hágase cargo!, y ésa me las paga.

No pide absolución ni nada parecido, porque aquello no ha sido en sentido estricto una confesión: se levanta y se va.

El padre Peppone, al advertir que va decidido a cometer un horrible crimen, intenta levantarse y salir del confesionario. No le da tiempo a echarle mano porque el hombre marchaba a bastante velocidad, pero aun de espaldas cree reconocerlo. Piensa que puede ser alguien sentado siempre en las primeras filas en la misa de domingo, no recuerda su nombre, pero sí el de su mujer, Antonella Fucci, una mujer, bastante guapa por cierto, que suele ayudar en las tareas de la parroquia. No obstante, no está seguro, pues las vidrieras son pocas y pequeñas y en días nublados como hoy dejan pasar poca luz.

Muy impresionado, al borde del mareo, decide sentarse de nuevo en el confesionario a pensar qué debe hacer. Debería buscar a Antonella y contarle lo sucedido. Pero ¿y si no se tratara de su marido?, ¿y si lo ha confundido con otro hombre y Antonella empieza a divulgar por ahí que el padre Peppone va revelando secretos de confesión? No, no puede ir a avisarla. No, no estando seguro. Si hubiera visto su cara... entonces sí, pero de ese modo no.

Podría intentar encontrar al marido, oírle hablar e intentar reconocer en su voz la del confesante. En caso negativo estaría en las mismas, pero en caso afirmativo... entonces podría convencerlo, aunque parecía decidido, empujado por un razonamiento erróneo que él mismo involuntariamente ha ayudado a

consolidar. Pero ¿y si no consiguiera hacerle entrar en razón?, si siguiera empeñado en hacerlo, ¿iría a la policía violando el secreto de confesión? Se le presenta un debate que lo trasciende: sólo Dios sabe qué puede suceder y qué finalmente sucederá, y ante esto únicamente –como cosa tantos años aprendida y repetida ante tantas almas– le cabe tener fe.

Aún se debate entre violar o no el secreto de confesión cuando ve cómo un hombre se arrodilla ante él, dejándose mostrar la cara. Le sorprende ver allí a Francesco Corredori, el director de la sucursal bancaria emplazada en la misma calle que su parroquia. Lo conoce exclusivamente de sus visitas al banco porque hasta este instante jamás lo había visto pisar su iglesia. Escucha su *Ave María Purísima* y se aviene a seguir el sacramento, intentando olvidar sus elucubraciones sobre el anterior confesante.

Este nuevo episodio resulta más trivial: se suceden los pecados, veniales y mortales, que acumula el confesante en los siete años que lleva sin ponerse ante un cura. El desfile de culpas está terminando cuando la última atrae de manera particular su atención. El señor Corredori pide perdón a Dios por haber contribuido de alguna manera, con su silencio, al desastre que los impositores de su banco van a padecer en los próximos días. Se culpa de no haber podido advertir a gente con la que hace tratos a diario y que perderán sus ahorros. Sus jefes le avisaron en este sentido: si hubiera dado alguna alarma le habrían despedido, pero callado le buscarán acomodo en otras empresas del grupo.

Siente el hombre remordimientos además por haber retirado él sus dineros para trasladarlos a otro banco donde, allí sí, dormirán seguros.

Peppone no lo puede creer: ¡Un banco tan prestigioso en quiebra! Será una bomba en el barrio... Tanta gente privada del fruto de años de sufrimiento. Ahora tiene dos dilemas en lugar de uno. Dos secretos de confesión cuyas violaciones serían más valiosas que sus silencios.

¿Qué debe hacer?, en este caso es sólo dinero, pero en el otro está en juego una vida. Aunque en éste conoce los detalles, el banco en cuestión, y del otro le falta concretar las identidades. ¿Será una prueba divina?, ¿es posible tanta coincidencia? En todos los años que lleva en la parroquia jamás se le había presentado dilema parecido... ¡Y ahora dos a la vez!

Deja el confesionario y va a verla. Se arrodilla ante Ella suplicándole que alumbre su decisión. Reza y reza, y como no recibe señal, continúa sus ruegos hasta que la noche cae y queda dormido delante de Ella.

Dos días más tarde el padre Peppone encabeza comitiva funeraria. Madre, hermanas y familiares de la fallecida lo siguen. Toda la familia Fucci llora tras el ataúd donde Antonella descansa. Al final sus sospechas resultaron ciertas y ahora conoce hasta el nombre del homicida, Raffaele. Se entregó sólo horas más tarde de acabar con su mujer y su amante. Le dijo a la policía que se entregaba porque estaba muy arrepentido de lo que había hecho. Nada más entrar al calabozo pidió un cura para que lo confesara.

Peppone no está seguro de haber obrado bien. Mantendrá esa duda durante toda su vida. Intenta apagar sus remordimientos con fe:

“Si ha pasado es porque Él así lo ha querido y no soy nadie para juzgarlo.”

“Por su Santa Sabiduría todos hemos caído en sus designios.”

“Yo, igual que los demás, hemos sido actores de su drama, que no es drama porque Antonella ahora está con Él.”

“¿Lo estaré yo más adelante?, ¿lo estará Raffaele?”

“Los caminos del Señor son inescrutables y su sabiduría eterna.”

Acaba el entierro y se despide de los familiares que le dan las gracias. Ninguno de ellos sabe que estuvo en su mano salvarla, una mano que prefirió encoger por miedo a recibir reglazo divino, como aquellos que propinaba Don Sebastiano, el maestro de su infancia toscana. Él calla. Lo hace ahora y lo hará para siempre. Alguna noche Antonella se le aparecerá entre sueños, pero no serán pesadillas, serán presagios de vida eterna: la forma que va a tener su Señor de decirle que no hizo nada malo y que por encima de todo ha hecho honor a su Iglesia.

Peppone sale del cementerio y entra en su coche. El lugar está muy alejado del barrio donde oficia y vive, y ha preferido acercarse hasta aquí en su viejo y destartado auto. Se consuela pensando que dentro de una semana tendrá uno nuevo, resultado de quince años de esmerado ahorro. Da las gracias a Dios por haber podido enterarse aquel día de la situación del banco y sacar así ese caudalillo a la mañana siguiente, sólo él, ninguno de los demás clientes, ciegos

todos a lo que habría de pasar. Se permitió retirar su dinero porque, al fin y al cabo, en este caso existía una sutil diferencia, pues no estaba cometiendo delito humano ni yendo contra disposiciones divinas, ya que de ninguna manera podía considerarse su acto una vulneración del secreto de confesión... ¿o sí? Peppone ni siquiera llegará a plantearse esta última cuestión.

“A la sombra del mérito se ve crecer la envidia”. Leandro Fernández de Moratín

Un futuro bien ganado

Aquí, en Madrid –palabras que, así juntas, no son demasiado bien recibidas en lugares donde Madrid es allí–, va a tener lugar la historia que sigue. No es el azar lo que la enmarca en este sitio, pues dudo que pudiera haber tenido lugar en otro diferente, si acaso en alguno próximo, siempre dentro de los límites del país del que Madrid es capital, porque sin duda sería demasiado improbable otro donde el deporte nacional fuera alguno que se practicara con balón, pelota o raqueta.

Ernesto vive en Madrid. Despierta todas las mañanas en su ciudad. Ha nacido aquí y aquí aún sigue. Vive en una zona periférica, si quieren situarla piensen en Usera o en Puente de Vallecas, no vayan más allá ni más acá, aquel sitio es el idóneo, pues si no quizás no se entiendan las motivaciones que llevan a Ernesto a pensar lo que piensa en estos instantes. No digo que la gente de allí sean todas así o de la otra manera, me refiero únicamente a que Ernesto es hijo y nieto de trabajadores, genuino representante de la clase obrera venida con los nuevos tiempos a media baja, es decir, obreros a los que se les trata de engañar con esa denominación porque cuentan con algunas posibilidades que antes no tuvieron, como la de darle a sus hijos una educación que a ellos les fue negada

con la esperanza de que les permita escapar a la cadena de montaje y al servilismo al que se abocan los que no tienen otra cosa que ofrecer más que los esfuerzos de su cuerpo. Ernesto tuvo un padre de esos, un desaprovechado ejemplar creado en la doctrina de la felicidad del ignorante, por la cual una ingente cantidad de mentes quedaron confinadas a la clase que les tocó por nacimiento, subsistiendo con trabajos que obligaban hombres ruines con poca confianza en el futuro del país y mucha en el suyo propio. Pero como fuera que éste, su país, experimentó un impulso con aires renovados, Ernesto, como muchos de sus coetáneos, aprovechó esa posibilidad de adquirir conocimientos, y su padre ahora puede jactarse de tener un hijo licenciado en Economía con un expediente más que bueno.

Por eso quizás extrañe la idea con la que Ernesto despierta esta mañana. Tiene que terminar un trabajo que tiene a medias, así que se levanta temprano, a las seis y cuarto, y se dirige a la estación de metro más cercana. Tres paradas más tarde se baja del tren y sale en dirección a un hogar que no es el suyo. Se para delante del portal de un edificio y aguarda. Pasado un tiempo, ve cómo cierta persona sale y cruza la calle para tomar el autobús. Mira su reloj: las siete y treinta y tres. Compara el tiempo con el de las otras dos veces que ha hecho la misma operación. Sólo existe un intervalo de dos minutos entre ellas. Ernesto llega a la conclusión de que el tipo es metódico, y eso va a facilitarle la tarea. Ve a la persona en cuestión alejarse y retorna a la boca del metro que va a llevarle de nuevo a su casa.

Al día siguiente Ernesto vuelve a levantarse a la misma hora, pero esta vez no coge el metro. En lugar de esto ha pedido las llaves del coche a su padre. Él aún no puede permitirse tener un coche. A pesar de que ha rebasado ya ampliamente la treintena, no dispone del dinero necesario para adquirirlo. Sin embargo, su padre siempre accede a dejárselo; hoy también.

Se mete en el coche, arranca y pone dirección a un sitio conocido, al lugar donde ha acudido los últimos días laborables en una búsqueda de hábitos ajenos que le ha resultado bastante fructífera. A las siete y veintiocho aparca en doble fila el coche delante del portal donde ayer estuviera esperando. A las siete y treinta dos aparece el individuo. Sale del portal, encaja la puerta con la suavidad del que no quiere sobresaltos ni portazos y se dirige a cruzar la calle como todas las mañanas. Ernesto tiene el coche en marcha, lo ha mantenido así desde hace diez minutos, y cuando intuye que el tipo va a cruzar pega un fuerte acelerón hacia él con ánimo de atropellarlo. La calle está desierta y la luz es tenue aún, no sólo por la hora, también por el mes que discurre, y Ernesto ampara en esto su acto. Pero el ruido de su acelerón augura al incauto el desastre y le hace retroceder en un brinco justo en el instante anterior al intencionado y malogrado accidente. El hombre se salva y Ernesto queda preso de su frustración. Así vuelve a su casa.

Abatido, al llegar deja las llaves del coche paterno encima del aparador de la entrada. Su cara refleja desolación, y a ella se remite su madre para preguntarle si le pasa algo.

-Nada -responde lacónico.

Se encierra en su cuarto a pensar en su próximo proceder. Él no contaba con esto, no en vano le había funcionado las otras dos veces.

Recuerda sus nombres: Alberto Martín Escardiel y Auxiliadora Gómez Embuena. También sus direcciones, sus edades, sus teléfonos, sus estudios. Con ellos todo había resultado bastante fácil. No así con este Pedro Jiménez Gracia. Los primeros habían tenido el detalle de desoír el brusco acelerón del motor del viejo coche de su padre, que juntó así un par de abolladuras más en su vasta colección de golpes, y ambos descansan ya en el camposanto, libres de las penas de este mundo y ajenos a sus preocupaciones. Pero este Pedro...

Ahora tiene que pensar cómo hará para accidentarlo mortalmente. El coche ha sido siempre la solución lógica, pero desde este momento dicha opción torna a imprudente. No es descabellado pensar que el señor Jiménez Gracia haya contado a sus allegados el episodio mañanero. Incluso podría haberse fijado en el auto... Ernesto espera al menos que no tuviera tiempo de cogerle la matrícula. Pero si lo intentara otra vez... Alguien con suficientes datos podría interpretar su acción de otra manera distinta a la de un mero accidente de tráfico. No, no puede arriesgarse.

“Esta vez hay que echarle huevos”, piensa.

Sólo restan cuatro días para concluir el trabajo, después ya nada tendrá sentido, así que se pone manos a la obra.

Esa misma tarde va a un comercio en un barrio lejano donde nadie pueda reconocerlo y compra un hermoso cuchillo de monte. Cuando la tarde empieza a agotarse marcha al portal de la residencia del Pedro Jiménez y allí espera a que él salga. Lo hace a eso de las ocho y media. Él lo sigue, pero como quiera que el perseguido no hace otra cosa que tomar unas cervezas en un bar bastante cercano, no puede abordarlo como quiere, y no le queda otra que regresar de nuevo desazonado hacia su hogar.

Repite su acción al día siguiente con idéntico resultado. Además, el señor Jiménez esta vez se ha acompañado por otro individuo, bastante alto y fornido. Otra vez tiene que desistir en su idea.

El tercer día es el último posible y en la misma esquina Ernesto aguarda. Parece que reza, y así es. Le pide a Dios que le dé la oportunidad que necesita. Y Dios se la va a dar.

Pedro Jiménez sale de su casa, va al bar cercano habitual, pero se para delante del local, piensa y decide que hoy va a ir a aquél de más allá, que tiene ganas de comer unos de esos pinchos tan ricos de tortilla. Y allá va, hacia su perdición en forma de callejuela oscura y poco transitada, la que debe atravesar hacia su objetivo en forma de pincho tortillero. Y allí, en la angostura de aquel callejón desamparado a la noche, Ernesto lo aborda.

- Dámelo todo -le dice tratando de vestir su acto de vulgar robo.

Y Pedro lo da todo y confía a esta obligada generosidad su vida. Pero Ernesto no busca la bolsa, él busca la vida y cuando encuentra a su víctima más

confiada le asesta una puñalada, y luego otra y luego otra, hasta convencerse de que está muerto, y sólo entonces se va.

¡Ya está!, ha terminado su trabajo, ahora está preso de nerviosismo, pero, conforme recorre las calles alejándose, va entrando en una particular euforia.

“¡Lo hice, lo hice!”, va diciendo a la vez que la felicidad le entra por la misma puerta por donde la aprensión se le va, la misma puerta que jamás cruzó ni cruzará el remordimiento.

De camino tira su chaquetón en un contenedor bastante alejado del lugar donde ha perpetrado su fechoría y abandona el cuchillo dentro de una alcantarilla. Al llegar a casa sus padres ya duermen y él se asea. El agua se tiñe de rojo mientras se limpia las manos. Mete la camisa en una bolsa de basura que saca a la calle y deposita en otro contenedor. Cuando ha terminado se pone su pijama y se acuesta sonriente.

“Lo hice, lo hice”, piensa antes de que el sueño lo venza.

Despierta el día y lo hace también Ernesto. Se viste con esmero, elige prendas más nobles de las que acostumbra, cambia camiseta por camisa y chaleco por chaqueta. Se peina a conciencia, se riega con colonia y sale a la calle.

Pasea hasta el metro entreteniéndose con la idea de que hoy va a ser un gran día. Ya sentado en el transporte, rememora todo el ingente trabajo que ha tenido que hacer para lograr su objetivo. Recuerda a las tres personas que amenazaban su futuro: Alberto Martín, Auxiliadora Gómez y Pedro Jiménez.

Ninguno constituye ya obstáculo para él. Ha hecho un buen trabajo. ¡Y en sólo quince días!

Se siente orgulloso. Siempre ha tenido a gala cumplir con lo que se propone y ahora más que nunca se ha sorprendido a sí mismo. ¡Buen trabajo de recopilación de información!, en un tiempo récord consiguió hacerse con las direcciones de los tres, con un resumen de su vida que incluía sus expedientes académicos, sus vidas laborales, sus entornos familiares y sus costumbres habituales.

Así pudo saber que Alberto Martín cursó Bachillerato en un centro religioso e ingresó en la Facultad de Derecho sólo para abandonarla un año después; no era buen estudiante. También conoció que era de una familia bastante acomodada. Su tío era director general en una consejería del gobierno autonómico; estaba bastante bien relacionado por esa parte. Tenía la costumbre de correr todas las mañanas a horas intempestivas en las que la ciudad aún duerme y la única luminosidad la aportan diseminadas farolas que resisten a los actos vandálicos y al fundirse de sus bombillas, un hábito considerado saludable que terminó por costarle la vida: fue en lo que Ernesto amparó su premeditado atropello, el primero de los tres que cometería, un acertado golpe que lo quitó de en medio antes de que el día dejara escapar el primer rayo matutino.

La segunda colisión intencionada dejó sin vida a Auxiliadora Gómez, una chica simpática que en otras circunstancias hubiera sido digna de su aprecio.

Pero no estaba la situación para remilgos de última hora, y Ernesto actuó como debía: un violento golpe y el segundo inconveniente salvado. Ésta sí que era una buena estudiante; dos licenciaturas y un doctorado la avalaban. No llegó a conocerla personalmente pero seguro que era una persona muy válida. En este caso su particular perdición fue la costumbre de sacar al perrito todas las noches para que se aliviara en un parque cercano a su hogar. Afortunadamente el perro se salvó y eso a su vez alivió a Ernesto, porque el pobre animalito no debía ser en absoluto responsable de las cuitas de su ama, ni pagar por ellas.

Dos accidentes intencionados, dos muertes oportunas. Sólo quedó Pedro Jiménez, y con éste estuvo todo a punto de irse al garete. Pero allí emergió su espíritu resolutivo, su afán por terminar lo emprendido, su empeño en conseguir su propósito. La última de las muertes lo ha puesto al borde mismo de la altivez.

“Puedo conseguir todo lo que me proponga”, se repite así mismo ahora mientras se dirige al sitio donde un papel va a dar un cambio de rumbo a su existencia.

Entra en la estancia y se apresura a llegar al rincón donde tres tipos miran un tablón en el que se expone una serie de hojas. Una lista cuyo contenido resuelve la incógnita de las acciones de Ernesto. En el título puede leerse: *Lista definitiva de baremación y candidatos propuestos para la Escala Auxiliar de Administrativos del Cuerpo de Funcionarios del Estado.*

Veintiséis plazas a cubrir, veintiséis candidatos propuestos y treinta suplentes. Dentro de la relación de candidatos propuestos están: con el número veinticuatro Alberto Martín Escardiel, con el veinticinco Auxiliadora Gómez Embuena y con el veintiséis Pedro Jiménez Gracia. En la lista de suplentes con el número tres figura Ernesto González Ramos, que no es otro que nuestro Ernesto.

Ernesto asiste al momentáneo derrumbe del tipo que mira la lista a su lado. Es el número dos en la lista de suplentes. Hoy podría haber tenido una plaza de funcionario y sólo unas décimas han impedido que la consiga. Quiere decirle que no se preocupe, que quede tranquilo, que él ya se ha encargado de todo, que gracias a su acción la va a tener, que le debe una... pero no puede decir nada, porque se supone que no sabe que los tres últimos integrantes de la lista afortunada no van a tener la dicha que aquel papel expuesto a miradas ansiosas les prometía en forma de un puesto de trabajo de por vida. Así que nada dice y se marcha contento.

No habría sido justo que el tal Alberto consiguiera plaza. Sin duda había sido siempre un enchufado, sólo había que mirar los puntos conseguidos por concurso y los de su examen opositor. Este tipo hubiera debido su plaza al tiempo trabajado como eventual, desarrollando una labor a la que habría accedido quién sabe cómo, seguro que fruto de algún tejemaneje resultado de la influencia de su tío. No era la persona adecuada, no. Habría sido el tipo de

persona que mancilla la imagen del funcionariado. No sólo se ha hecho un favor a sí mismo sino a la Función Pública.

Y qué decir de la tal Auxiliadora. ¿Era justo que una mujer tan preparada rebajara su caché al extremo de trabajar como mera auxiliar administrativa? Por no hablar del trance en el que hubiera puesto a sus compañeros, gente que cumplía exclusivamente con el requisito único de tener el grado de estudios obligatorios. Eso no hubiera constituido un buen ejemplo. Bueno, él es también licenciado, pero un humilde monolicenseado resultado de la realidad educativa del momento, y no una bilicenseada, a más de doctora, con una vida académica que se habría desperdiciado en cualquier oficinucha de tres al cuarto. No, eso tenía que ser evitado y él se ha encargado de ello.

Luego piensa en Pedro Jiménez y no se le ocurre ninguna disculpa para su eliminación. No importa, ya se le ocurrirá algo... De todas formas parece no tener necesidad de encontrar eximentes puesto que el remordimiento amenaza con no presentarse. Y es que está tan absorto con el futuro que se le promete que deja a un lado el trágico pasado reciente y se dedica a pensar en qué coche habrá de comprarse, en qué lugar de Madrid podrá permitirse la compra de un piso, en qué gimnasio se apuntará nada más recibir noticia de su adjudicación, en dónde irá de vacaciones... Sí, él sí se merece ese futuro. Es su futuro, ya no hay futuro para ellos. No lo merecían, sólo él luchó verdaderamente, sólo él pudo conseguirlo porque sólo él se lo había ganado.

“El orgullo es el complemento de la ignorancia”. Bernard Le Bovier

13, carrera hasta el vacío

Adrien gasta la mayor parte de su tiempo encerrado entre cuatro paredes, en un pequeño estudio del Soho londinense. Lo suyo es el arte, al menos eso piensa, habiendo demostrado bastante tozudez en eso. Durante los tres últimos años se ha dedicado a plasmar en lienzos su idea del arte, desestimando los consejos de sus padres y hermanos sobre encauzar su vida a algo más productivo, el negocio familiar de venta de carne, sin ir más lejos. Él siempre ha preferido las adulaciones de amigos que le dicen que tiene mano para esto del arte, aunque jamás haya logrado endilgarle a ninguno un cuadro. Quizás si se hubiera parado a reflexionar sobre la raíz de esos comentarios, soltados más para darle apoyo moral que por pura convicción, habría dado al traste con pinceles, espátulas y óleos hace ya algún tiempo, y dirigido sus esfuerzos a escrutar el grado de ternura y la cantidad de nervios en cada libra de carne adquirida por la empresa de sus padres.

Pero Adrien persevera, y dedica todo su tiempo a su pretensión de ser artista. Vuelca sus horas pintando y las que no gasta con el pincel las emplea en buscarse réditos a su obra. Últimamente se ha dejado embaucar por un sujeto alocado que pasa por agente artístico que le ha conseguido dos exposiciones

hasta la fecha. El resultado de estas exposiciones habría desalentado al más optimista, si éste no fuera otro que Adrien, quien, pese a no vender ni un solo cuadro sigue empeñado en su propósito de vivir del arte. Achaca su fracaso al escaso entendimiento, no el suyo, evidentemente, el de los demás. La vida y obra de Van Gogh se esconde parapetada en su cerebro desplegando falsas ideas de incompreensión, pues como es sabido el holandés sólo vendió un cuadro en vida, y Adrien lo toma como ejemplo para reafirmarse en su empeño.

Sin embargo, un hecho va a cambiar su conducta frente al arte y a la sociedad y lo va a llevar a transitar por los cómodos caminos del éxito, aunque sea a costa del sacrificio de sus ideas artísticas.

Todo comienza un día lluvioso, una típica jornada londinense.

Adrien se encuentra en el estudio, que actúa formalmente como hogar, decidiendo entre sus obras. La semana antes, su agente le urgió a seleccionar seis cuadros para exponerlos en una galería. No es que el establecimiento en cuestión hubiera solicitado exactamente sus lienzos, la razón de este inopinado ofrecimiento estribó en la imposibilidad de recibir en una primera instancia obras acordadas con un artista bastante prometedor, sobresaliente entre otros incipientes e insipientes, y la prisa por cubrir las paredes vacías por estas ausencias. Puede decirse que, ahí sí, su agente actuó con diligencia y eficacia, pues enterado del rumor de que faltaban cuadros por colgar ofreció los de su representado, que fueron aceptados sin más razón que la necesidad de completar y la conveniencia por ofrecer con prontitud algo pintado por la mano

de un hombre, fuera cual fuese esa mano y ese hombre. Por supuesto a Adrien le escondió estas circunstancias que no hubieran hecho sino sumirlo en despechos hacia él y hacia el promotor que ahora cuenta con su ignorante gratitud.

Tiene decidido tres de los ejemplares que llevará pero aún mantiene dudas sobre los otros tres. El estilo pictórico de Adrien es algo vago, bastante indefinido, puede que en eso radique su poco éxito. Lleva media vida estudiando a los mejores, intentando copiar, de aquí y de allá, técnicas, colores y formas, sin crear nada propio, sólo engendros, mescolanzas. Algunas coquetean con el impresionismo, el puntillismo más fino, alfilerismo más bien, otras con el espatulismo más grosero. También tiene retratos realistas, calles que parecen sacadas de fotografías, carteles bitonales y naturalezas muertas con latas de judías y refrescos de cola. Esta tarde, llevado en principio por una idea que le pareció acertada, ha decidido que mandará a la galería una muestra con cierto grado de coherencia, y evaluando su obra, amontonada por todos los lados, ha decidido que su impresionismo es de lo más conseguido, así que ha elegido los tres paisajes que considera más rematados. Luego ha vuelto a pensar sobre el asunto de la ya decidida homogeneidad del envío, y ahora ya no ve tan claro.

Continúa su selección hasta que sólo queda lugar para uno. Cinco cuadros esperan al hermano que los acompañará. Adrien decide tomarse un respiro para un café antes de dictar su último veredicto y baja al bar donde su amigo

Klaus suele fiarle hasta fin de mes, días en los que recibe algún dinero de sus padres con el que implementa sus escasos ingresos provenientes de inmundos trabajos que realiza sólo para sobrevivir.

La suerte entonces interviene en la vida del pintor: su agente llega en el preciso momento en que él disfruta del sabor de un negro solo. Como posee llave del estudio, había hablado con Adrien el día anterior y éste le había dicho dónde colocaría los cuadros seleccionados, se lleva los seis amontonados en el lugar indicado.

¿Seis?, Adrien sólo ha elegido cinco, aún debe decidir el último. Sin embargo, son seis los que el agente mete en su furgoneta, seis son los descargados en la galería, y seis los que tapan la desnudez de sus paredes, porque Adrien había amontonado las cinco obras elegidas sobre otro lienzo, que ya descansaba en ese mismo sitio y que, a consecuencia de esto, resulta agraciado con su imprevisto cuelgue.

Adrien al regresar al estudio cree que su agente se ha llevado cinco obras, las que había seleccionado, y no las seis acordadas en un principio aunque no le da mayor importancia pensando que quizás el promotor ha cambiado las condiciones a última hora. Ni siquiera va a la galería a ver la su exposición, quizás por un fundado pesimismo, o por negarse el sufrimiento de encontrar papeles de “vendido” en todos los cuadros excepto los suyos, algo experimentado en otras ocasiones y que lo llevó a momentos de depresión vencidos sólo por su innegable testarudez por ser artista.

Al día siguiente de finalizar la exposición recibe la llamada de su agente que pone en su conocimiento un par de detalles. El primero, que lo enfurece de manera que casi le impide conocer la segunda de las noticias, es la decisión que ha tomó de modo unilateral al fijar el precio de venta de todos y cada uno de sus cuadros en dos mil libras. Al oír aquello Adrien palidece y empieza a gritar desaforadamente: dos mil libras es una cantidad exagerada que obstaculiza cualquier posible venta de una obra de un desconocido. La razón que, entre sus alaridos, le da su agente es que la gente de ese mundillo, que él se jacta de conocer, a veces prepondera el precio a la obra a la obra en sí, y de manera habitual un precio desorbitante puede constituirse en un reclamo, que una cifra alta añade atractivo e interés y hace que las personas se paren más tiempo ante el cuadro preguntándose el porqué de la cantidad. Hace además, según él, que algunos incluso encuentren explicaciones a ese elevado precio, dándole con ellas valor artístico a la obra y razones capaces de empujar a alguien en un momento dado a soltar el dinero y llevarse el cuadro. Sin embargo a Adrien no le convence esta explicación y sus gritos despechados sólo cesan cuando su agente le dice que ha logrado vender uno de los cuadros.

Adrien pasa la noche pensando que su suerte ha cambiado. Ha sido capaz de vender un cuadro, quizás el primero de una larga lista que hará de él un hombre célebre, un artista reputado. Se levanta temprano y marcha a la galería para despejar la incógnita que no le ha permitido pegar ojo: ¿cuál de sus cuadros ha sido el causante de este éxito que se esboza? Sus pasos son largos y

decididos pues tiene prisa en desvelar este pequeño misterio. Su cabeza no para mientras camina: “¿Habrá sido el paisaje de las afueras de Norwich, aquél del puente sobre el riachuelo con tonos verdosos?, ¿o el bosque de robles con casa al fondo?, ¿o la vista de Camden Town en día de mercado?”. Hace secretas apuestas sobre el tema y con ellas establecidas llega a la puerta de la galería.

Una vez allí, Adrien pregunta por el gerente y mantiene con él una charla en la que es felicitado por la venta. Después lo acompaña al lugar donde el cuadro aún reposa triunfante en la pared, al lado del cartelito de “vendido” que lo distingue del resto de sus obras. Adrien lo mira y queda perplejo. Duda. Las palabras del encargado de la galería resbalan por sus oídos, su halago muere huero en el espacio entre ellos sin alcanzar su pretensión aduladora para el que, a su entender, puede llegar a ser, en un futuro, grande. Adrien no lo escucha, su mente está ocupada en solucionar el interrogante que se le plantea. Mira su obra, el cuadro etiquetado con su nombre que aparece como vendido, nada más y nada menos que por dos mil libras... y no lo reconoce como propio.

Tras unos minutos lo comprende. Recuerda que apartó cinco lienzos y deduce que su agente se llevó seis, pues son los cuadros que puede contemplar ahora con su nombre, y que el sexto, el que ha resultado vendido, fue arrebatado de su estudio sin la menor voluntad por su parte. Escruta cada trozo del cuadro. Es un lienzo impropio de su quehacer, pero lo asume como suyo cuando lo escruta a conciencia y vislumbra lo ocurrido.

Ante sí podía contemplar una orgía de colores, agrupados en tonalidades parecidas –aquí tonos púrpuras y lilas, allí naranjas y dorados, más allá verdes, en otra esquina azules vivos encerrados en tonos más apagados, abajo rojos y rosas entremezclados– todos encasquetados a brochazos en un universo celeste septentrional y verde meridional. Reconoce su desecho. Porque se trata de eso: una morralla al óleo, un triste cuadro que resultó torcido desde sus inicios. Fue un paisaje poco afortunado –cielo azul arriba, pradera verde abajo– que empleó para limpiar brochas y espátulas antes de aplicarles el aguarrás purificador. Sólo eso, un sumidero de óleo estéril, un filtro para no desperdiciar disolvente, un evidente detritus procedente de su arte por el que alguien había pagado la considerable suma de dos mil libras. Aquello le hace recapacitar sobre la noción del arte, la suya propia y la de los demás.

La conmoción que sufre es tan fuerte que lo imposibilita para pronunciar palabra. Sólo puede hacer un ademán de despedida al gerente y luego marcharse confundido a su apartamento. Allí va a pasar horas mirando toda aquella obra suya, ignota al gran público, que aparece ahora absurda. Tantos años de estudio de los grandes, tanta dedicación, tanto esfuerzo por encontrar un estilo, un sello que nunca terminó de conseguir, y el público, el entendido, se da el gusto de comprar sus sobras, el paño higiénico de su talento. No resulta raro que Adrien se encuentre al borde de la depresión, en un estado que amenaza su carrera artística.

Sin embargo el hombre se yergue y aparece un Adrien nuevo. Enterrado el idealista, nace el pragmático, un ser que se revela contra todo en lo que ha creído y se ha erigido en timón de su vida: “Eso es lo que les gusta... y yo puedo hacerlo”, se dice. Ya está bien. Él quiere ser artista y ellos le han dicho de qué modo puede conseguirlo. Es cansado ir contra la corriente que puede llevarte al sitio donde deseas estar, de modo que se dejará llevar. Dejará de ser salmón y se convertirá en veleta que señala el lugar donde van los modernos vientos.

Más tarde, el cuadro vendido se conocerá como el del inicio de su etapa bizonal. En ella, el artista primero establece una gradación cromática en dos tonos distintos que varía según el lienzo en cuestión. Luego adiciona un patrón de tonalidades agrupadas que reparte de modo subjetivo por esta gradación sin una interfase definida, creando así un universo boltzmanniano en formas y estructurado en base a colores primigenios.

Adrien consigue un estilo propio basándose en el estudio de la única obra que ha podido vender. Hace lo mismo que entonces, alternando colores y espacios... y obtiene el mismo resultado: la venta de cada una de las nuevas obras. Adrien se convierte así en un reputado artista, capaz de vivir, y muy bien, de su talento.

Aquella experiencia vital resultado de la confusión de su agente termina por abrirle el entendimiento al arte que los demás ansían. Comprende que no todo es destreza, ni condiciones, que lo principal es el reconocimiento de los demás:

es lo único que importa. Si gustas a una mayoría de entendidos, entonces eres bueno. No importa lo que produzcas, sólo importará la idea que ellos lancen al mundo.

Una vez entendido eso, el artista despliega nuevas etapas que son siempre bien recibidas. Cuando agota la bizonal empieza la bandeada, caracterizada por obras que exponen bandas verticales en tonos contrastados –sus biógrafos dicen que la inspira su afición al fútbol, las camisetas de algunos clubes de este deporte–, bandas rojo y blancas, verdes y blancas, azules y negras, rojas y azules, amarillas y verdes. Lienzos titulados “Avispas”, “Peligro”, “Ensalada”, nombres sugerentes, propios de una mente inusualmente brillante.

Más tarde entra en su etapa redonda, cuyos motivos son círculos concéntricos en colores degradados, que también seduce a los críticos.

Obvia resulta su evolución a la etapa posterior, la trapezoidal, que transmuta las viejas circunferencias en toscas líneas anguladas, lo que es explicado por los expertos como un regresión a lo esencial, a las líneas puras, más salvajes, desprovistas de la suavidad de lo curvo, más naturales, en consonancia con el espíritu del autor: “Una vuelta a los orígenes”, concluyen los muy entendidos.

Pasa el tiempo y Adrien acumula una dilatada carrera artística cuando emprende su última exposición en su viejo barrio. La galería donde vendiera su primera obra va a acoger su nueva hornada de arte. Comienza una nueva etapa. Ha dejado atrás la bizonal, y la bandeada, y la circular, y la trapezoidal, y entra en la esencial. En ella el autor plasma la esencia misma del arte de la pintura: el

color. Trece cuadros. Trece colores. Nada más. “Colores enmarcados, ¿acaso hay algo más esencial? Una nueva brisa de genuino arte, propio del genio más rutilante del momento”, dice una reseña en un prestigioso periódico. Adrien la lee en estos momentos y sonrío. En una cosa está bastante de acuerdo con el que firma la crónica: se considera un artista conceptual, más que nada porque ahora destina la mayor parte de su tiempo a concebir más que a realizar.

Esta exposición, sin ir más lejos, ha sido fruto de horas de exploración mental sobre qué podía hacer que resultara novedoso, original, digno de la fama que empieza a engrandecer su nombre. Una vez decidió el motivo, la ejecución fue bastante sencilla y rápida: entró en una tienda de los alrededores y compró doce envases de sprays acrílicos de distintos colores que aplicó uniformemente a lienzos blancos. No obstante, su mente de genio se mostró aún más audaz: dejó un lienzo, el número trece, sin pintar, en el enmallado blanco y virgen.

Luego dio nombre a los cuadros: #1 arena, #2 lava, #3 endrina, #4 sorgo, #5 océano, #6 Jalisco, #7 limbo, #8 vitelo, #9 labio, #10 tóxico, # 11 mercurio, #12 muerte, #13 vacío. A todos les puso el mismo precio: diez mil libras, salvo al último, al blanco #13 vacío, el lienzo virgen, cuyo precio fijó en treinta mil libras. Precisamente ha sido el primero en venderse, lo cual dice mucho del conocimiento que ha llegado el autor a tener de su público, y acaba de refrendar aquel discurso pronunciado por su antiguo agente que quedó grabado en su cerebro, aquello de cómo un mayor precio influye en la valoración de la obra.

El último día de la exposición sólo falta un cuadro por vender, el #5 océano. Adrien se sitúa delante del cuadro, lo observa mientras piensa que quizás habría sido mejor haber comprado el spray del otro tono azul que tenía la tienda donde adquirió las pinturas. El azul sky en lugar de este azul bubble. Sí, quizás con el otro habría ido mejor. De todas formas no puede quejarse, la exposición ha sido todo un éxito artística y económicamente.

Mirando está aún el #5, cuando un niño, ya de cierta edad, doce o trece años, se acerca a contemplar el cuadro a su lado: “Mi padre quiere comprar este cuadro”, le dice.

Adrien lo mira y le dedica una sonrisa.

“Yo le he dicho que si quiere puedo pintarle uno igual, sólo me tiene que comprar un lienzo y una pintura azul”, continúa el pequeño.

Adrien no puede reprimir una risilla, se agacha y le dice: “¿Sabes que lo he pintado yo?”.

El muchacho niega con la cabeza algo azorado, pero venciendo su vergüenza le pregunta: “¿Cuánto tardaste en hacerlo?”.

El artista quiere ser sincero y le contesta: “No más de diez minutos”.

“¿Y en ese tiempo se puede hacer una obra de arte?”, vuelve a preguntarle.

“El arte no entiende de tiempo, está en tu cabeza. Da igual lo que tardes en sacarlo de ella. El arte es la idea. Si la idea gusta es arte bueno, y si no, es arte vulgar, algo por lo que nadie pagará ni un penique, aunque hayas empleado una vida en plasmarlo en tela, piedra o madera. Te lo digo por propia

experiencia. El arte es tan difícil de comprender que ni yo mismo sé bien qué es”.

Al decir estas palabras, el hombre borra la sonrisa con la que ha comenzado su exposición, transformándola en una mueca nostálgica. Y es que a veces Adrien echa de menos esos días en que, encerrado en su viejo apartamento del Soho, a sólo unos metros del sitio donde ahora se encuentra, todavía no era plasmador de ideas y pintaba cosas, y soñaba con ser famoso algún día por ello.

“Pues yo la verdad es que no veo el arte en estos cuadros. A lo mejor usted me podría explicar esa idea que tuvo para pintarlos”, le vuelve a hablar el niño.

“Las ideas también son difíciles de explicar, por eso, porque son ideas”, le responde, y alargando su mano le entrega el diario abierto por la página de cultura, donde se sitúa la crónica que ha estado leyendo momentos antes, al tiempo que le dice: “Afortunadamente existen hombres que saben apreciarlas y explicárnoslas”.

Adrien acaricia cariñosamente la enmarañada cabellera del pequeño y se marcha de la exposición. Decide ir a dar un paseo por su antiguo barrio, eso le hará bien. Quizás durante él alumbre un nuevo concepto para su futuro proyecto.

“A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos para evitarlo”. Jean de La Fontaine

Burlar al destino

Un teléfono suena en la tercera planta. La historia que sigue eligió una ciudad pertinente para existir, la vieja Viena, imperial señora reconocida mundialmente por su exquisito oído y por ser la cuna del estudio del funcionamiento de la mente humana. Es esto último lo que viene más al caso. En esta vieja ciudad, un edificio con centenarios cimientos pero de aspecto moderno, y en su tercera planta una puerta tras la que un hombre habla, con su voz temblorosa al principio que va afirmándose y elevándose regada por una creciente indignación. La ayuda del otro lado no ayuda, pues la persona con quien hablaba no comprende, y las palabras que le llegan desde allí le suenan a insulto por más que no sean dichas con esa intención, sino precisamente con la de ayudar evidenciando un problema oculto al intentar convencerlo de la inexistencia de aquello que lo amenaza.

Cuelga el teléfono con la sensación de haber perdido al último amigo que le quedaba. Tampoco le importa demasiado en este momento, inmerso como está en una angustia incesante que le dura ya más de tres meses. Incluso le sobreviene una leve sensación de alivio al soltar el último cabo que le ata al

exterior maldito. Ahora podrá estar más centrado en pensar sobre el futuro sin ninguna interferencia.

Futuro. En todo ese tiempo de clausura no ha dejado de pensar en el futuro, o más bien, en el destino, un futuro predicho que ha estado desafiando con éxito durante los últimos tres meses, triunfo revalidado a diario desde aquel día, en aquella céntrica calle vienesa, en aquel momento que no deja de recordar.

Paradójicamente, él siempre creyó en el destino, al menos hasta ese entonces. La vida, hasta hace tres meses, le había tratado bien, muy bien, inusitadamente bien. Toda cosa que pudo irle bien le fue bien, y las que le pudieron ir mal no lo hicieron. Tanta suerte acumuló que llegó a pensar que su destino era tener una vida espléndida, rodeado de lujos y placeres, algunos de los cuales ya se permitía. Sólo tenía veintiséis años, con su progresión a los treinta sería un hombre muy rico. Como tampoco se esforzó mucho más que las personas que conocía, achacó su suerte al destino, y sumido en esa certeza, se adentró en el conocimiento filosófico e incluso teológico de la predestinación, de la que llegó a ser ferviente devoto.

Fanático. Su amigo se atrevió a asomar aquel calificativo para esa actitud que se empeña en mantener; parece un fanático. Qué sabrá él. Precisamente su actitud es todo lo contrario al fanatismo, pues justo se empeña en desafiar aquella creencia que tanto hubo abrazado. Ahora reniega de todo lo creído y lucha por cambiar su destino, pelea únicamente por eso, y esa actitud que tanto

le han reprochado, que tantas bajas ha causado entre sus amistades, es la prueba palpable de su rebeldía.

¿Agorafobia?, qué otra palabreja tan malsonante se había sacado de la manga el último de sus amigos. Resistencia, eso es lo que está haciendo, resistir a toda costa.

Piensa en aquella mañana, punto de partida para su lucha. Fue un despertar indistinguible a otros, su asentada rutina no varió en absoluto: despertó, se duchó, vistió y desayunó, bajó en el ascensor de la izquierda, salió con su pie derecho del portal de su casa rumbo a la oficina, a unos escasos veinte minutos a pie, por la misma ruta de siempre, algo más larga pero más agradable. Cuando sólo le faltaban unos metros para llegar recordó algo: se había olvidado de meter en el maletín el informe de tasación de la empresa que estaban a punto de adquirir. Aquel informe era indispensable, sin él sus socios no se atreverían a tomar una decisión al respecto. El olvido le hizo parar en seco su caminata. Estuvo no más de dos segundos pensando si darse la vuelta o mandar alguien por el documento, al tercero un inmenso bloque de cemento cayó desde el cielo justo delante de él. Se había desprendido del edificio, viejo no sólo en sus cimientos, por delante del cual pasaba. El suelo tembló bajo sus pies y él cayó al piso entre una nube de polvo. Luego vinieron los de urgencias y le llevaron al hospital, para nada, no había sufrido rasguño alguno. Aquello fue el comienzo.

Todo lo demás vino después. Y lo demás fue pensar qué habría sucedido si no hubiera recordado aquel informe y descubrir que, en realidad no había

existido tal olvido, sino que el documento había estado en su maletín en todo momento. A partir de ahí, suposiciones y silogismos absurdos que lo llevaron a pensar que su mente, de alguna manera, había previsto su destino y le había inducido a burlarlo. Su destino había sido morir en aquella calle, aquel momento, bajo aquel inmenso cascote.

Sí, pensó que según lo escrito allá donde quiera que se escribiera el Destino, él habría tenido que morir allí. Llegó incluso a repasar los exiguos recuerdos de todo instante anterior al desplome de la mole asesina y quiso creer ver, situada al fondo de la calle, cierta figura en el preciso momento en que paró su caminar y desafió la fatalidad. Una silueta humana con la cabeza cubierta, con toda probabilidad uno de esos jóvenes que usan esas prendas encapuchadas tan de moda.

Llegó a la conclusión de que había logrado burlar su destino pero nunca tuvo la convicción de haber escapado totalmente a él, pues si bien el tiempo era ya irreproducible, otra cosa era el espacio, y quizás su destino fuera morir en aquella calle en otro momento. Así pues, desde ese día evitó pasar por el sitio que debió haber sido el lugar donde tuvo que fallecer, y se avino a tomar otro camino, más largo aún, para llegar a la oficina.

Tres semanas después de su no muerte, y a la misma hora, justo antes de entrar al trabajo, ocurrió otro incidente que le sumiría de pleno en esta desesperación que arrastra. Se encontraba a punto de llegar al trabajo, en tránsito por la nueva ruta trazada, cuando, al pasar frente a un enorme

escaparate, creyó ver reflejada una figura que le pareció familiar, un chico encapuchado desplazándose –deslizándose más bien pues no se apreciaba movimiento en sus pies, cercenados en su visión por las dimensiones del escaparate– en sentido contrario al suyo por la acera de enfrente. Supuso que pasearía sobre un monopatín, algo normal que podía verse a todas horas en aquella ciudad y a lo que no le hubiera dado mayor importancia de no ser por aquel recuerdo justo antes de caer el trozo de edificio. Se paró y se dio la vuelta pero no pudo divisar al muchacho. Lo que sí oyó fue un sonido espectacular detrás de él. Se giró para toparse con la imagen, surgida de la nada, de un enorme macetero estallado en pedazos. Al momento todas las personas se le acercaron preguntándole si se encontraba bien y poniéndole de manifiesto la suerte que había tenido al evitar aquel enorme macetero caído desde las alturas, incluso animándole a demandar a la persona responsable de aquella negligencia que hubiera podido costarle la muerte. Entonces sí, ahí terminó de convencerse de que el Destino le había declarado la guerra.

Desde entonces no ha salido de su casa. Más de dos meses sin hacerlo, desafiando así al Destino, librando con él una guerra por su supervivencia. Hace unos meses era un ferviente seguidor del Destino, ahora se encuentra en rebelión contra él. Es eso, su estúpido amigo no lo había entendido. Se atrevió primero a usar el término *fanático*, y luego le dijo que aquello sólo estaba en su mente, lo calificó de enfermedad, agorafobia...

“¿Quién se habrá creído?, ¿quién le habrá soltado aquella palabra?, seguro que alguno de esos psicoanalistas de pacotilla que esta ciudad que ha estado fabricando desde que se inventara esa absurda ciencia. No, no me invento nada, esto es una guerra. El Destino pretende aniquilarme y yo estoy resistiéndole.”

Al principio creyó que existía un lugar concreto elegido por su enemigo para derrotarlo, una mortal derrota, pero luego supo que podría ser en cualquier lugar, fuera en la calle. Por eso lo de enclaustrarse; recluirse era resistir.

Rememorar todo este pasado reciente le acaba por descomponer el estómago. Entra al baño y se sienta en la taza. Ha estado sufriendo trastornos intestinales desde que empezó su aislamiento, no sabe si debido a la ansiedad o a la mala alimentación que lleva a consecuencia de tanta comida preparada recibida a domicilio. Al ir a limpiarse descubre que hay poco papel. Por unos segundos, internamente valora si tiene bastante o necesita más, y al fin se incorpora para tomar un rollo nuevo del armario. Justo entonces se desploma el techo del cuarto de baño, cayendo sobre el retrete y haciéndolo añicos. Tiene suerte y su cuerpo sale del incidente casi indemne, únicamente con un leve rasguño en su glúteo derecho. Otra cosa es su mente. Allí bullen malas ideas y negros presagios.

“No estoy a salvo. Ni en mi casa estoy a salvo.”

El Destino va a ganarle la partida, es más listo que él, más constante. Será el triunfador, siempre lo es en todo caso, por eso es el Destino. ¿Quién se ha creído él?, ¿quién puede oponerse al Destino?

Pensó nuevamente en su amigo, en la conversación telefónica que ha mantenido escasos minutos antes y en uno de sus muchos intentos por desbaratar sus argumentos y hacerle entrar en razón:

- ¿En qué te basas para creer que el Destino quiere matarte en la calle?, ¿por qué no habría de querer matarte en tu casa...? -le había dicho.

“Matarme en mi casa... Morir en mi casa... ¿y si ése es mi destino?”, pensó.

“Y si todo el tiempo lo fue y sólo ha querido tenerme enclaustrado para que eso sucediera y así morir en mi propia casa... Sí, todo ha sido un juego: el bloque, el macetero, el muchacho de la capucha..., quiso hacerme creer que la muerte me esperaba en la calle para que me refugiara aquí, en mi casa, y que así pudiera cumplirse mi destino: morir en mi casa, en mi propia casa.”

Sale corriendo del apartamento, baja veloz las escaleras y cruza la puerta del edificio con la pierna izquierda por delante. Vaga sin rumbo preestablecido, sólo con el que le impone la subyacente rutina perdida pero no olvidada. Así, sin quererlo, recorre, calle a calle, aquel camino que le llevaba todas las mañanas al trabajo antes de aquel funesto día. Su mente, presa del pánico, ni tan siquiera advierte que llega a aquel fatídico punto de inflexión de su existencia en forma de esquina de edificio viejo, tan viejo y necesitado de restauración que se dejó caer un trozo al vacío hacía tres meses. Ahora se encuentra en plena reparación. Un par de trabajadores de una empresa de trabajo vertical cuelgan de su pared mientras él, un hombre enloquecido corriendo en calzoncillos por la calle a toda velocidad se aproxima.

Uno de los trabajadores se distrae observando cómo se acerca y le da un codazo al otro para que lo note. En esa maniobra se le escapa el martillo.

Corre a toda velocidad, descalzo, sin apenas ropa. La gente lo mira, él no ve a nadie, a nadie, sólo a ella, una figura encapuchada al final de la calle.

“La muerte”, piensa, y detiene su marcha.

El martillo cae en ese momento justo por encima de él.